

Desierto dividido en centímetros por piedras

Cuqui



Al piloto de avión Pablo Riquelme



*No puedes describirlo, no puedes imaginártelo.
No puedes admirarlo, no puedes percibirlo.
Es tu verdadero yo, no tiene ningún lugar donde ocultarse.
Cuando el mundo se destruya, él no se destruirá.
Mumon Ekai*

Regresiones

Desierto dividido en centímetros por piedras

Regresión 1

Cuqui

Veo unas ovejas. Soy una mujer morocha, de pelo negro hasta los hombros, grueso, atado en una trenza desarmada. Tengo puesto un vestido color crema medio viejo, suelto. Me dedico a algo en relación a las ovejas.

Estoy dentro de mi casa humilde y un hombre me pega (*es el piloto de avión*). Es alcohólico, morocho (*como ahora, pero no tan alto y tampoco tan flaco*).

Quedo tirada en el piso y se acercan mis hijitos, cuatro. Estoy embarazada de dos meses. Quiero irme de ahí con mis hijos pero no puedo, no tengo dónde ir.

Mi marido (*no sé si estaba casada o no*) me clava un cuchillo grande, como de cocina pero más grande. Está borracho. Un segundo antes de eso, estoy juntando ropa para irme. Quedo en el piso, muerta, y me rodean mis hijitos.

Hay una *sensación* y salgo del cuerpo.

Regresión 2

Una horca. No sé si soy hombre o mujer, si me van a cortar la cabeza en la guillotina, si soy el verdugo o qué. Hasta que le cortan la cabeza a alguien, la horca de fondo y veo rodar la cabeza: no soy yo. No siento nada hacia esa persona.

Veo mi fabuloso vestido. No soy responsable directa de esa muerte, pero tampoco me importa, la veo desde afuera.

Sigo caminando. Voy dentro de un carruaje techado y uso un abanico. Parezco despreocupada y joven.

La parte de abajo de mi vestido es vaporosa y con puntillas. Parece la época de María Antonieta.

Estoy en pareja con alguien que por fuera parece hombre, socialmente se hace pasar por hombre, pero es una mujer. Incluso me caso con él/ ella.

También me acuesto con alguien poderoso (*yo también lo soy*), en el pasto, en un gran jardín. Es morocho. Me quedo embarazada.

El bebé es tan blanco... el pelo es tan blanco. Me veo con el bebé en brazos, yo también soy muy pero muy rubia. Es idéntico a mí.

Para mi casamiento como tortas y tortas. Me encanta lo dulce. Alfajores en pirámide color rosa, y me como todo. Igual soy flaca.

Regresión 3

Abro la puerta y corre viento con tierra. Mucho viento con tierra. Es el desierto. Al fondo se ven las pirámides de Egipto. No es la época de los faraones, las pirámides ya son viejas.

Soy hombre, todo de blanco descolorido y desgastado, con turbante, para protegerme del viento, la arena y el sol. Giro hacia mi camello para que la arena no me azote tanto. Tengo la barba bien negra y larga, larguísima, hasta el pecho, con pequeños rulos.

En la cintura, a la derecha, llevo una especie de pistola: es redondeada con detalles en marrón.

Sobre mi camello llevo un hombre muerto. Yo lo maté, me dedico a eso. Lo llevo a algún lado, a entregarlo para que me paguen.

Avanzo con mi camello y sigue el viento con tierra, aunque un poco menos. Me encuentro con tres hombres y sus camellos. Están desmontados. Se acercan a tomar el cuerpo. Sigo al lado de

mi camello, quieto, sosteniendo las riendas. Lo observan y está todo de acuerdo a lo establecido.

Me dan una bolsa pequeña, oscura, llena de monedas. Muerdo una. Me invitan a tomar vino y a comer. No acepto, me gusta estar solo.

Me hacen otro encargo. Tendré que entregarlo en otro lado.

Esta vez tengo que ir hacia las pirámides. No me gusta. Voy con mucho cuidado, con el arma en la mano, está lleno de forajidos. Tampoco me gustan las pirámides, traen mala suerte. Evito pasar muy cerca de ellas. Todos saben que traen mala suerte, los forajidos terminan siendo mendigos.

Regresión 4

Veo dos espadas peleando, de puntas anchas, como de piratas. Es una especie de entrenamiento o estudio, porque pasamos a usar, junto con la otra persona que se entrena conmigo, otro modelo de espadas, como las del Tarot de Marsella.

Después de eso me llevan con los pies arrastrando, quizá inconsciente, hacia una mesa parecida a las de las autopsias, me rodean. Yo no sabía si era hombre o mujer. Hasta que me rompen el vestido sencillo y estoy desnuda, me lo rompen por delante y no quiero.

Viene alguien viejo y me introduce semen en la vagina con una pipeta.

Me cuelgan de los pies al techo, elevándome con una polea. Quedo en posición vertical, bien de cabeza. Debajo mío sigue estando la mesa para autopsias. Me atan las muñecas por debajo de la mesa con algo, no se tocan, una mano queda a unos sesenta centímetros de distancia de la otra. Es para que no intente sacarme el semen.

A las tres horas me bajan un poco, me dejan apoyar la cabeza y la parte superior de la espalda sobre la mesa, pero mi cadera sigue elevada. Me atan los brazos hacia las patas de la mesa. Mi vagina rebosa de semen de varios hombres, los mejores.

Es contra mi voluntad.

Después me veo embarazada.

Regresión 5

Una nenita de pelo largo y con flequillo, castaña (*es mi hermano del medio en la vida actual*), es mi hijita. Tiene un oso de peluche en su mano derecha y a mí me da su mano izquierda. En mi otra mano llevo a otro hijo un poco más grande (*es mi hermano menor*). Le abrocho el saco de paño rosa, con cuadraditos rojos y blancos. Delante nuestro está la calesita. Es una plaza.

Regresión 6

Siento el pasto muy largo, altísimo y que camino entre él. Soy chiquita, debo tener un año. Me caigo y lloro. Alrededor mío hay una guerra. Mis padres están muertos, todos están muertos. Mi madre está muerta, con sangre, boca arriba.

A su vez, estoy lejos del epicentro sangriento.

El aire es muy limpio.

Se acercan caballos, estoy rodeada de hombres a caballo. Tienen trajes azules/ celestes con algo rojo. Uno de ellos me ve, me alza y me lleva. Es bueno, no ha matado a mi familia, ni nadie de su ejército.

Pero no puede cuidarme. Me deja con una enfermera muy

bonita, de pelo negro y piel blanca, joven, vestida de blanco, con un traje de enfermera largo y sombrero sin la cruz roja.

Parezco más un bebé que un niño. Soy nena. Apenas debo haber aprendido a caminar.

Me sentía muy bien con esa edad, mejor que con ninguna otra hasta ahora.

Cuando caminaba en el pasto largo, todo era firme, tan real, tan auténtico, tan vivo... Yo estaba tan viva, tan feliz a pesar de que todos estaban muertos y había humo detrás mío por la guerra.

Pero estaba *detrás* mío.

Regresión 7

Veo unas cabezas de telgopor, para pelucas, sin pelucas. Luego a una mujer muy flaca (*yo*), extremadamente flaca, que se está muriendo de anorexia.

Tiene mucho pelo, la veo de espaldas. Pelo marrón claro, hasta los hombros, muy abundante, brillante, lacio.

Tiene puesto un jean de tela finita que le queda enorme y una camisa con flores pequeñas amarillas que también le queda muy grande. Su cuerpo desnudo, adivinándose con la camisa desabrochada –cintura y comienzo de cadera son horribles–, un esqueleto. Nunca le veo la cara. Debe pesar 30kg.

(Al salir me doy cuenta que su pelo es una peluca y que esa ropa podría ser del '75, '76. Yo nací en 1977).

Regresión 8

Hay dos murciélagos negros. Todo es más bien oscuro.

Estoy dentro de una casa sin ventanas, redondeada, mezclando algo en la llama del fuego adentro de una olla enorme.

A un costado, en un catre, hay un chico acostado, adolescente, morocho. No puede beber el líquido que estoy preparando de lo mal que está, es para que se lo ponga por fuera.

No es mi hijo, yo no tengo hijos.

Regresión 9

Soy enfermera. Estoy poniendo una inyección a un suero. Detrás mío hay un hombre ensangrentado que cae muerto, se autolesionó clavándose un gran pedazo de vidrio.

Tengo ropa blanca, con sombrerito de enfermera... corte carré, pelo negro, lacio.

Es un hospital psiquiátrico.

Luego de que ese paciente se cortara la yugular y cayera al piso, hay un momento fuera del tiempo. Él mismo me toma de los pelos por detrás y me hace ver el lugar. Me dice: *Mirá, mirá*. Delante mío solo hay una pared y un enfermo durmiendo con suero. Y la pared. Agrega que mi bebé –estoy embarazada de ocho meses– solo va a nacer.

Regresión 10

Entro y no veo nada, pero sigo avanzando. Soy ciega. Todo el tiempo que caminaba en esa casa, una casa normal en tamaño para clase media, pensé que era mujer.

Me siento en la cama, luego me levanto hacia el ropero, saco un

arma, me la meto en la boca y me disparo. Caigo *muerto*. Soy un hombre. Caigo muerto hacia delante.

El alma se eleva un poquito, mira y se acuesta en la cama, se ven los bordes de la cama, son como barrotes, es una cama de una plaza. Se acuesta en posición fetal del lado opuesto a la cabecera. La gente que descubre el cuerpo grita, llora, pero el alma queda acostada.

(El hombre debe haber tenido unos 57 años. O haberse muerto en 1957. Tampoco sé si era ciego, sí sé que no veía. O veía todo oscuro, sin ver. Su alma sí veía pero no se podía mover ni elevar.

Luego de unos días de haber hecho la regresión, calculo que él habrá tenido 44 años al morir).

Regresión 11

Estoy en un parque de diversiones. Primero en un juego giratorio, después en una montaña rusa. Estoy con amigos. Al principio pensé que era una nena, hasta que me veo y tengo unos doce o trece años: flaca, alta, morocha, pelo largo hasta la cintura, muy bonita. Y medio mala.

Le saco algo a otra, relacionado a un adorno para el pelo en su cabeza... mala.

Mi madre acomoda almohadones. Está medio gorda. Me doy cuenta que está embarazada –lo mismo está gorda–. Su marido no es mi padre, no sé quién es mi papá, no me doy cuenta.

Regresión 12

Viento con nieve. Decido quedarme adentro de la casa. Veo el viento con nieve a través de la ventana.

Cocino huevos fritos con tocino, varios huevos a la vez y varias tandas. Les hecho especias para que queden más ricos.

Una de mis hijas hizo pan casero, bastante. Hay una gran horma de queso con agujeritos, la cáscara es amarilla. La mesa más o menos está puesta para el desayuno. Una de mis hijas está embarazada y también vive con nosotros, con su marido.

Los varones hacen cosas de varones y las mujeres, de mujeres.

Soy medio cuadrada de cuerpo, estoy en la menopausia desde hace rato. Tejo pulóveres para la familia.

Hay una gran chimenea en el living; la cocina es a leña y calentita. A leña pero tiene hornallas. La heladera es de mango metálico.

Tengo el pelo corto y canoso.

Regresión 13

Veo un caminar con ojotas de madera japonesas en un jardín japonés, con un puentecito. Soy una mujer japonesa. Estoy de visita en lo de mis padres, hay otros familiares.

Les cuento que soy niñera, que cobro por cuidar a un niño. Para mis padres eso está mal. Me expulsan de la familia y, como símbolo de eso, cortan una ramita de una planta, con flores azules que crecen en ramillete. Me la dan. Esa rama cortada me simboliza, para que me lleve a mí misma, me vaya.

Regresión 14

Soy un indio latinoamericano. Mucho color marrón, tierra y tierra en el piso. Soy el líder. Ando a caballo, tengo puesto un poncho o túnica corta de tela, con bordes trabajados. Ando a caballo con otros y peleamos. Tengo varias mujeres e hijos con ellas.

Soy cacique.

Regresión 15

Veo un enanito o un ser chiquito de tamaño, pero adulto, jugando con perritos y un objeto, todos usan trajes llenos de adornos.

Hay mujeres vestidas con polleras con volados. Es un circo.

Cuelgo por la boca del aire, hago acrobacias. Tengo una malla color champagne, con brillo. Hay otras personas haciendo contorsiones en el aire también. Me hago un bollo hacia atrás, arqueando la espalda, con los pies casi tocándome los pechos diminutos, y caigo desde lo alto. Muero en el acto. Quedo con la forma en el piso: los pies en lo alto y el torso en el piso, incrustada. Hay público y cancelan la función.

Patas como de araña.

Regresión 16

Veo cadáveres humanos flotando, son un montón. Parece un río grande. Es de noche. Hay muchos árboles, estoy escondida entre ellos con otra chica de mi edad –veinte años, quizá menos–.

Estamos en guerra.

Regresión 17

Junto cascarudos, insectos, los pincho con alfileres. Soy hombre. Los junto porque los investigo.

Regresión 18

Tengo puesto calzado rudimentario, tipo sandalias de piel de animal –cuero–, rotas. La ropa también es de ese material o de ese color y sucia. El pelo hasta el pecho, negro y muy sucio. Supe enseguida que era mujer, que pisaba tierra, que había piedras grandes.

Es la Edad de Piedra.

Tengo dos hijos, un varón y una nena. Mi marido ha ido a cazar pero no ha regresado. En realidad nunca vuelve, está muerto. Me veo con mis dos hijos pequeños alrededor de mis piernas.

Soy delgada, quizá con las caderas anchas, con grasa en los muslos, a los costados, pero piernas más bien largas.

A mi izquierda una familia come un animal crudo. No nos convidan. Lo comen con las manos y dientes.

Cuando nosotros teníamos, también comíamos así, hasta que los huesos quedaban pelados. Carne roja.

Consigo un animal pequeñito para mí y mis hijos. Al tiempo mis hijos mueren de hambre.

Me agarran dos hombres para violarme, pero no lo hacen: estoy menstruando y me sueltan despavoridos.

Me voy entre los árboles. Camino y camino. Caigo deshidratada cerca de un hormiguero. Me pican las hormigas. Me hago pis y caca encima.

Me encuentra gente de otra tribu y me llevan. Me aceptan.

Formo pareja con otro hombre. Me veo embarazada y tengo el hijo, veo el parto. Apenas llego, hay tiendas triangulares y animales que se cocinan al fuego. Son un grupo bien grande.

Mi hijo ya es adulto, morocho, musculoso, muy lindo. Me veo vieja, sentada en una piedra, los pechos y la panza caídos, comiendo carne seca. No estoy flaca pero tampoco gorda. Sí vieja, la piel muy arrugada.

Regresión 19

Veo mis pies chiquitos.

Me golpean. La parte de abajo de mi vestido es lindo, liviano. Soy chiquita.

Estoy en una habitación infantil. Me siento como si fuera una muñeca de trapo llevada por adultos. Ellos no se ven completos, se sienten enormes. También percibo el rugido de un león, muy amenazante. Pero resulta ser un leoncito, más pequeño que yo de tamaño, de juguete plástico, amarillo opaco.

Los adultos me encierran en una cajita y yo quiero salir. Crezco en esa cajita, pero lo que en verdad me crece es el culo, los glúteos y me tiro pedos.

Cuando me liberan tengo la cola enorme, muy desproporcionada y manos como garras de pájaro (*ella me da miedo: me mira desde mi cerebro y quiere arrancarme los ojos, a la altura de mis ojos reales. Voy haciendo que se gire*).

Rompo la pared opuesta *a mis ojos actuales* como si fuera papel y se ve una noche estrellada. Vomito monedas y se me va achicando el culo. Vomito, vomito y se me va achicando todo el cuerpo. Hago una montaña enorme de monedas vomitadas y quedo

pequeñita. Temo que el sol las pueda derretir, pero no, son monedas de verdad. Tomo una, es grandota y pesada, la arrojo por un tobogán que conduce a algún lugar real para comprar algo real.

Regresión 20

Mis pies están dentro del agua, hasta los tobillos. Estoy sola y tranquila. Me rodea un bosque.

Hacia mi izquierda cae una pelota marrón, lejos. Pensé que estaba en otra guerra.

En eso me tapan la boca desde atrás.

Me llevan hacia el pasto.

Hay una nave espacial y aliens. El que me tapa la boca tiene manos como una humana, de por los menos cuatro dedos. La nave, de lejos, se veía como un cascote enorme... y como cayó tan lejos... debía viajar muy rápido para llegar hasta mí tan pronto.

Me ponen en el suelo boca arriba y uno de ellos me apoya su mano en el pecho, otro en el abdomen y otro en la zona del sexo, me lo quema del calor –no literalmente–. Yo tenía mucho miedo pero no me hacen daño, no era su intención.

Me voy gritando de miedo a mi casa.

Estoy sentada en el piso del baño, sigo con el vestido liviano, blanco, tipo camión –vivo cerca– y me miro al espejo: veo mi cara y la de alien, mi cara y la de alien. Se me altera la respiración. Me arrodillo. Me siento con la cola en el piso, al lado de una bañera. Estoy a oscuras, con la luz que refleja la Luna.

Morocha, pelo hasta los omóplatos, con ondas en las puntas.

Regresión 21

Cuqui

Veo un embarazo enorme. Tengo un vestido corte princesa – debajo del busto–, en tonos verde inglés a rayas. No me veo los pies, el vestido me los tapa. Voy caminando y ya empecé la labor de parto. Estoy en la calle. Creo que sola o me siento sola con todo eso.

Sigo caminando, tambaleándome: apoyo un pie, me equilibrio, levanto el otro.

Tengo bucles marrones, un lindo peinado, lindo escote. Parezco de buena posición social.

Luego me veo muerta, con el vestido tapándome la cara, la panza abierta y dos bebés siameses tipo monstruo, también muertos.

En un primer momento pensé que me los habían sacado para estudiarlos en Medicina, pero no, me deben haber abierto para salvarlos y se encontraron con el *espectáculo*.

Cuando traté de ver qué percibía como alma, sentí algo muy feo, que yo no descansaba en paz. Esos bebés tampoco. El alma de ellos se veía como un alma que no sabía si dividirse o no, que estaba en eso y la división quedó trunca... se sentía mal.

El tajo que tenía en la panza era enorme, de lado a lado. No se ve ningún marido.

Regresión 22

Veo zapatos de hombre, zapatos de vestir. Un número grande. Pantalón de vestir, traje, camisa, corbata. Entra a una cocina oscura. Se sienta en una silla sencilla al lado de una mesa simple para cuatro personas, aunque uno de los lados se apoya contra la

pared. No se sienta bien contra el respaldo, solo se sienta.

No es ciego, solo ve todo oscuro, vive en la oscuridad.

Ahí en la cocina, una nena muerta se descuelga del techo. Ella lo atormenta.

Luego se ve al hombre boca arriba, con esa misma ropa, en la morgue y un agujero en la cabeza, en la parte de arriba, atrás.

Lo entierran en un lindo cementerio. No parece haber nadie. En eso veo unos zapatos iguales a los suyos: pienso que tiene un hermano gemelo. A su derecha, le da la mano a una nena de unos diez años y pienso que tiene una linda familia... hasta que del otro lado veo a su esposa como espectro, humana pero más luminosa y de blanco. Me doy cuenta que no tiene ningún hermano, que el de afuera es él mismo, su ánima, y que él estaba mal porque su familia había muerto.

Regresión 23

Voy bajando las escaleras y tengo unos zapatos metálicos circulares. Para asegurarme que sea así, sigo bajando más escalones, pero los escalones tienen que ensancharse para que quepan. Floto con esos zapatos, no hace falta caminar. Estoy dentro de una nave espacial y tengo cuerpo de alien; soy flaquitísima y de otro color.

Me meto a una máquina, solo me apoyo, y soy la humana que está con los aliens.

Vuelvo a mi casa. La cabaña está hecha con troncos gruesos de madera clara.

Abrazo a mi gallina y pone huevos de oro macizo, sano a la gente con apoyarles las manos en el corazón, atravieso las paredes internas de mi casa.

Regresión 24

Cuqui

Estoy desnuda frente a un espejo grande retocándome la peluca de pelo largo. Controlo que mis vellos púbicos también estén bien peinados. Tengo depilado el cavado. Mis axilas están sin depilar. Mi cabello en esas zonas crece más oscuro que en la cabeza.

Bajo las escaleras con unos zapatos de cristal plateados brillantes, con apliques brillantes. Estoy desnuda. Uso una peluca rubia de pelo lacio bien largo, yo lo tengo un poco más oscuro, rubio oscuro, y más corto.

Me siento en un sillón, con la espalda derecha, las piernas cruzadas. Soy prostituta. Un hombre que está a mi izquierda, de traje, me da fuego para mi cigarrillo. En realidad no tengo ganas de fumar, es solo la pose.

Se me tira encima. No está borracho. Me paro, con movimientos lentos y medidos. Soy muy hermosa y alta.

Él se para también y resulta ser un enano. Me persigue, me toca la cola desde abajo con intensidad, y tengo que llamar a los guardias. Lo sacan. No le importa porque yo tampoco le importo, solo quería tocar a una mujer, no estaba enamorado de mí. Se hubiera acostado conmigo como con cualquier otra.

Regresión 25

Voy corriendo por la arena. Estoy en la playa. Parece de noche. Me siento sumamente feliz, me río. Nado con los aliens.

Me meto en una burbuja de aire y puedo respirar. En otro momento, me pongo de espaldas al mar, contra el mar, y una ola muy alta queda detenida sobre mí. Manejo esa fuerza o la manejan los aliens. Es un rato, luego ya no, se rompe y me

arrastra a la orilla; quedo toda despeinada, con el vestido blanco tipo camisón enredándome, y todos nos reímos de mi falta de poderes —en comparación a los de ellos—.

Regresión 26

Caigo a un pozo. Es oscuro y hay restos de comida, huesos. Antes hubo otra persona. Tengo diez, doce años. Morocha, vestido blanco de tela gruesa, sencillo.

Intento treparme para salir pero no puedo. Me tiran un pedazo de carne para que coma.

Estoy encerrada unos dos años. Crezco y el vestido me queda más corto.

Me largan una escalera hecha con sogas y maderas. Al salir me caigo en la tierra. Hay mucha tierra en el piso, es un lugar seco, no hay pasto. A lo lejos juegan un montón de niñas, diría que son de raza negra.

Prenden fuego el pozo.

Me llevan a una curandera, me mira. La menstruación me vino por primera vez en el pozo.

Regresión 27

Al principio pensé que era hombre, parecía que tenía unos mocasines marrones. Hasta que se quedan quietos, y son tipo mocasines, pero con las puntas hacia arriba y de colores brillantes. Uso una babucha de tela liviana color salmón y un corpiño, el pelo recogido y una tela colgando en el rodete medio desarmado, es igual que las babuchas, con algo en los bordes. Soy una

odalisca. Fumo una pipa finita.

Bailo y, entre baile y acostarme con un hombre, escribo en un papiro, en un papel suelto color marrón claro, en árabe, con tinta, mis poemas. Uno es sobre el culo de uno de mis clientes. También escribo mis pensamientos.

Regresión 28

Veo una canasta de mimbre en mi brazo izquierdo, llena de panes finos y largos, como el pan francés. Uso una pollera hasta debajo de las rodillas, con un volado ancho, un delantal y una camisa. Zapatos de madera.

Soy castaña clara, llevo un rodete atrás, abajo. Tengo el pelo un poco ondulado. Se me sueltan mechitas, rulitos.

Estoy en el pueblo vendiendo pan a la gente por la calle. Me compran.

En mi casa estoy en la cocina, amasando pan para vender. Hay una anciana en una silla, es mi madre, está tejiendo. No tengo marido ni hijos, vivimos solas. No me pesa ser soltera.

Afuera hay un horno de barro y ahí termino de hacer el pan. Uso un pañuelo en la cabeza. Tenemos una vaca y la ordeño. También gallinas sueltas. Les doy de comer. De vez en cuando, la gente viene a comprarnos huevos.

También viene gente de visita. Mi mamá está en la galería de la casa, sentada.

Vivimos en una casa muy humilde. Es un lugar árido. Esa casa es de mi madre, supongo, al menos no es mía, no la hice ni la compré. Mi madre no trabaja por dinero en la actualidad, yo trabajo por las dos.

Regresión 29

Tengo botitas de peluche blanco de pelo largo. Voy subiendo por mi cuerpo y tengo las piernas desnudas hasta que veo un shortcito azul de lentejuelas azules. Sigo subiendo y nada, parece el torso de un varón, gay.

Tengo una tortuga. Soy morocho, pelo corto pero tirando a largo peinado hacia la izquierda.

Regresión 30

Estoy en la casa de troncos, afuera, sostengo una gallina, la abrazo y me da dos huevos de oro, la suelto y me siento en la escalerita que da a la galería. Al lado mío, a mi izquierda, hay un alien sentado (*es el piloto de avión*), girado un poco hacia mí, me acaricia el pelo.

Regresión 31

Bajo sola las escaleras hacia la luz y en eso veo que voy con el alien de la mano caminando por el pasto. Su mano es de dedos alargados. Me besa.

Me imagino posibles posturas sexuales, ideas mías de ese momento, de cómo sería con él. Lo beso yo. Su cabeza es muy grande, parece metálica. Su cuerpo es chiquito, pero alto, alargado, tirando a verdoso.

Cuando quiero algo más apasionado, desaparezco, quedo etérea, solo se ve mi energía y el camisón flotando en el aire... entonces nos detenemos porque es demasiado.

Estamos en el piso, probamos con una bola de aire, como la que usé en el mar. Él saca un pene fino y largo con una pelota en el extremo, y trata de tocar la punta de mi sexo: con eso es suficiente para que me excite mucho. Pero no seguimos, me siento sola adentro de la burbuja —él estaba fuera—.

Cambiamos y estoy encima suyo, nos animamos. Me monto penetrada sobre él (*siento mucha excitación en mi cuerpo actual acostada*). Mi piel es blanca, me veo desnuda, de espaldas: mi cadera es más chica que la actual, los glúteos más armados, la piel más lisa, los pechos son levemente más grandes y más firmes. Ser un poco más linda no afecta ni para mejor ni para peor mi relación sexual, el cuerpo es distinto, solo eso y *un poco* distinto.

Él está atrás mío, quizá quiere sexo anal, no lo sé... pero termina en mi vagina: su semen es un litro o medio litro y muy líquido, tipo agua. No me puedo quedar embarazada porque somos de especies diferentes. Nunca tenemos hijos.

Después nos veo en la cabaña, jugando: él duerme cerca del techo, flotando, con la cara hacia el techo; yo también puedo hacerlo un rato pero a mitad de altura, si no me caigo al piso —esas cosas nos hacen reír—. Esto sucede en la convivencia. Se queda a vivir conmigo, aunque la nave siempre está afuera, como una presencia, pero vivimos solos.

Él come pasto, yo carne.

Somos felices, no una locura apasionada, vivimos tranquilos el uno con el otro.

Quiero adelantarme a ver qué pasa.

Somos viejos, a él se le ve la piel de la cara arrugada y que cae muerto. Yo sigo teniendo el pelo negro ¡y el mismo vestido!

Lo quiero enterrar pero los aliens no me dejan y se lo llevan.

Me quedo sola llorando afuera de la cabaña, llorando sostenida por la pala.

No sé qué pasa con mis *poderes*.

Regresión 32

Estamos dentro de la nave espacial, no sé con quién estoy. Salgo y me sigue alguien, me sigue el que será mi pareja. Me pregunta, *sin hablarme*, si se puede quedar conmigo.

Estoy sentada en la escalera antes de la galería, él cerca mío, me agarra un mechón de pelo y me acaricia.

Después estamos tirados en el pasto mirando las estrellas, abrazados, y me explica sobre cada una.

Estando en la nave espacial miro su cara para ver sus ojos, para mí es una cabeza de lata y estamos metidos en una lata. No puedo ver a través de esos ojos porque son como de plástico.

Regresión 33

Veó cuando el alien se muere, su cuerpo adentro de la casa, en el living –nosotros dormíamos ahí, más que nada él– y yo llorando, saliendo con la pala para cavar un pozo. Luego vienen los otros aliens y se lo llevan, no quiero que lo hagan.

Uno de ellos lo carga en brazos y se van en la nave.

Me quedo llorando apoyada en la pala.

Agarro la pala y quiero romper toda la cabaña, pero sólo logro romper una partecita al lado de la puerta de ingreso. No tenía

tanta fuerza.

No sé cuánto tiempo pasa, pero aparece una luz, una luz chiquita y constante —no titila—, que es él: volvió para quedarse conmigo. Me pone muy feliz.

Seguimos viviendo juntos.

Veo a alguien que tiene a alguien enfermo y lo curo.

La luz y yo dormimos así: floto a mitad de altura entre el piso y el techo con la cabeza hacia la puerta; mi cara mira hacia el techo con los ojos cerrados y la luz flota encima mío, a la altura del plexo solar.

Hay gente que ha ido por una sanación y me ha visto durmiendo así desde la ventana. Pero no pueden entrar a la casa ni acercarse mucho porque cuando dormimos está rodeada por un campo magnético (*¿Serán nuestras auras? Son entre transparentes y blancas transparentes*). Puede que yo les dé miedo a algunas personas.

Hasta que un día me caigo en el pasto, como si me hubiera tropezado suavemente. Soy muy vieja. En el cuerpo no se me nota, no envejezco por fuera, pero sí, soy vieja, muero de vieja.

Me elevo como una nube, una nube no mullida y sí desarmada. Tampoco tan blanca. A mi lado está la luz. Nos reímos, parecemos niños. Muchas veces parecemos niños. La luz es un alma pero es distinta a mí, somos almas diferentes: él es luz, yo una masa informe, pero nos llevamos bien y él no se me despega.

Regresión 34

Estamos la luz y yo, masa informe, lo más bien. En eso *viene* una explicación: la luz actúa como satélite mío, por siempre va a girar alrededor mío. Me da mucha felicidad.

Se me explica el funcionamiento, como el de las constelaciones.

(Me desperté de la meditación muy feliz, sonriendo. Me di cuenta de que me había hablado un Maestro).

Regresión 35

Estoy en medio del campo, es un poco desértico. Se levanta viento.

Estoy de pie, vestida como campesina pobre, con un vestido largo y unos trapos en la cabeza, todo del mismo color que la tierra, mirando hacia el horizonte vacío. En ese horizonte se ve una casita hacia la derecha, vivo ahí junto a los demás trabajadores.

Estoy parada mirando eso, se me vuela un poco el vestido y algunas mechas del pelo, me sostengo sobre una gran hoz, es mi elemento de trabajo. La dejo caer al piso y digo que me voy. Detrás mío hay bastante gente trabajando cortando maíz o yuyos, cada uno con su hoz. Yo me voy *donde me lleve el viento*. Me dejo llevar literalmente en el sentido del viento hacia el horizonte.

Estoy harta de trabajar ahí. Me voy enojada por eso, luego me río. Un poco después me da un poco de miedo y frío pero no me importa. Más avanzado el trayecto, me siento bajo un árbol a descansar.

Al despertarme hay una gran sombra que me habla y me lleva adentro del bosque: se ve la casa de troncos de madera y yo misma muy chiquita –por lo lejano– durmiendo dentro, quizá con la luz, no lo sé, pero durmiendo en levitación (*era la vida con el alien*). La señora vuelve al árbol. La sombra le habló y no le habló.

Yo era una señora de unos cincuenta años.

(Me vi a mí misma en otra regresión llevada por un Maestro, supongo. Un alma que se divide en dos en la misma época y lo sabe).

Regresión 36

Soy un gatito, macho, de color claro. Vivo en una casa, no al aire libre. No es antes de la Edad de Piedra.

Cuando salto noto la elasticidad de mi espalda, del centro de la columna hacia afuera, se extienden mucho las patas de adelante y atrás.

Muero envenenado, le pusieron algo a mi comida.

Mi alma es igual a la humana, solo que más chiquita, bastante más chiquita.

Regresión 37

Estoy en un balcón vestida de época –Edad Media–. Digo algo referido al amor y a que me quiero tirar por un balcón. Me pongo en el borde. El chico que está abajo me dice que no.

Es una versión de *Romeo y Julieta*.

Salgo del balcón, hacia adentro, y está el director de la obra de teatro. No me cree que esté enamorada de él.

En eso sube *Romeo* por una escalera interna, es mi novio en la vida real de ahí. Le doy un beso, feliz. No se sabe dónde está la realidad y la ficción. Estando mi novio, le digo al director sobre lo real de mi amor.

En eso veo a un chico con camisa blanca y lentes tipo años ‘50,

parece tímido (*es el piloto de avión*). Es tímido. Hay otras personas en la cafetería. Soy muy expansiva y hablo mucho. Me acerco a él. Siento una profunda excitación y deseos de estar cerca suyo, de que me ame, de tocarlo —por los otros dos no sentía nada—. Lo beso apasionadamente.

Está inmóvil en su silla. Jamás se me hubiera acercado de lo tímido que es, con su camisa bien abotonada, la libreta prolija. Lo amo al instante.

Supuestamente él está en el mundo real.

Regresión 38

Estoy descalza y veo unas ruedas, voy sentada, soy chiquita. Tengo el pie izquierdo girado hacia adentro.

Vivo en un convento, mi silla de ruedas es conducida por una monja. Me da la sensación de que las monjas son malas. Mucho más las otras nenas.

Estoy sentada en la silla de ruedas y las demás juegan. Son lindas. Se van a poder ir de ahí, yo no.

Para ir al baño siempre me acompaña una monja, una grandota con cara de mala. No tiene todo el hábito blanco, una parte es azul oscuro tirando a negro.

Ella espera adentro del baño. El convento y el baño son fríos.

Me da vergüenza que me tenga que limpiar la cola, porque a las demás nenas no les pasa eso.

Pero un día me quedo sola, solo era pis. Entonces intento pararme. Me voy agarrando por la izquierda, hasta que me caigo. Me caigo fuerte porque me rompo la pera, el lado izquierdo. Las monjas me encuentran en un charco de sangre.

Después estoy en la silla y una venda (*en el maxilar inferior*)

izquierdo, donde ahora tengo una quemadura). Todo por querer independencia. Después me queda una cicatriz. También por desobediente.

Regresión 39

Voy bajando las escaleras, sigo bajando y son otras, unas que giran en ángulo recto, con borde ancho de madera clara.

Soy hombre y mucamo. Llevo agua a la señora de la casa. Está de negro, en la planta baja. Toma agua y me acaricia el sexo por fuera del pantalón. Su hijita de unos siete años, con una muñeca de trapo, parada frente a nosotros, nos mira.

Hago de cuenta que no pasa nada. Tampoco me muevo del lugar, ella es la patrona.

Es viuda, su marido está muerto arriba. Esperamos a que lo vengana a buscar. Pero pasan varios días. Se va pudriendo.

Todo ese tiempo tenemos sexo ahí abajo, en el sillón, sin sacarnos la ropa y con su hijita delante.

Pero en un momento la estoy penetrando y la señora ve que vienen a buscar al marido y me empuja hacia atrás, me caigo sobre la mesa ratona de vidrio, con los pantalones bajos y me clavo un vidrio en el costado superior interno de la pierna izquierda (*donde ahora tengo una mancha de nacimiento*). Ella se levanta, con ese único gesto se le baja el vestido y sale a recibir a la gente de la funeraria. Es una mansión.

Me arrodillo en el piso y me inclino sobre el sillón, se me ve la cola, sangro. Entran las personas y no entienden nada, tampoco se les explica nada.

Parece una menstruación; luego, con la venda, menstruación con toallita, y después, el tajo.

Regresión 40

Soy una mujer griega, de buena posición. Tengo una vasija blanca de cerámica con muchas frutas muy bien cortadas y uvas, alguna otra fruta redondeada y vino puro. Se lo iba a dar a un hombre sabio, pero me dijeron que no, por si el vino no era 100% bueno. Lo bebo y me como las frutas con una cuchara.

Soy desenvuelta, alegre.

Un hombre joven, de mi edad, y lindo, es mi prometido y será mi esposo. Me veo embarazada, un hijo. Luego dos embarazos más.

Nos tenemos que ir de Atenas porque se cae a pedazos. Una mujer es aplastada por una gran columna redondeada. Me voy con mis tres hijos.

Mi marido termina siendo emperador. Tenemos dos hijos más.

Todo ese tiempo me aburro. Es que no quería ser madre ni nada de eso, pero tampoco sé qué. Me doy cuenta de todos los conocimientos que hay por aprender y por descubrir y yo sin hacer nada.

Me dedico a que me depilen las piernas mientras hablo con otras mujeres de mi clase social.

Llego a vieja. Tengo los dientes amarillos de corte cuadrado.

Regresión 41

Es de noche, estoy sentada frente al lago, con las piernas flexionadas hacia el pecho, un poco inquieta, balanceándome de adelante hacia atrás.

El alien está sentado al lado mío y trata de calmarme.

Intento dormir frente al lago, en levitación, los pies mirando

hacia el agua, pero abro los ojos y me caigo.

Voy enojada hacia la cabaña. El alien me sigue a la derecha, tratando de apaciguarme. Para mí es una lata que no me habla. De hecho hace gestos, pero no habla mi idioma ni yo el de él.

Me da bronca porque sí habla con los de su especie. Eso me provoca insomnio.

Regresión 42

Grecia. En realidad B. W. y yo no nos conocemos, sino yo a él. Da una clase multitudinaria al aire libre y lo escucho. Dice: *Las líneas que uno imagina llevan a que se haga lo otro. Las líneas de puntos son más importantes que la concreción de las cosas.*

Regresión 43

Hay neblina, es de noche, no se ve nada. Tengo que hacer silencio para que no me encuentren.

Voy en un botecito, tipo góndola, pero más pequeño y sin tantos arabescos. Dentro del bote llevo a mi marido, muy herido. Va acostado frente a mí.

Tengo el pelo negro, largo, muy abundante, con una trenza gruesa y larga hasta la cola. Un vestidito más bien ajustado con adornos metálicos en los brazos y en la cintura.

Hago avanzar el bote con un palo largo y fuerte, el fondo es poco profundo. Podría haber cocodrilos o los enemigos son como cocodrilos.

Llego donde deseo, sin hacer ruido. Bajo del bote y lo subo a tierra. No sé si bajar a mi marido, ir por ayuda... Desde ahí se ven

las únicas cuatro o cinco casas que hay, con techo de paja.

Pero nos interceptan. A mi marido le clavan una lanza y lo terminan de matar. A mí me llevan secuestrada.

Lanzan algo con fuego al caserío, lo atacan.

Me llevan a otro lugar por agua.

Me veo en una habitación con otras personas, pero soy la única esclava. Estoy ahí y no sé para qué.

Regresión 44

Soy escuálida, estoy descalza. Me quito la camisa pero eso no me indica si soy hombre o mujer a nivel biológico: no tener pechos en estas condiciones es bastante esperable. Siento que me cuelgan los testículos y el pene.

Sin embargo, uso peluca de mujer –sé que estoy calva/o– . Me gusta más decirme *calva*.

En mi patiecito, con los yuyos un poco crecidos pero no mucho, y una luz solar preciosa filtrándose entre los árboles, veo la tumba de mi tortuga y un cartelito con su nombre: *Karencita*. La aplastó un camión de esos bien grandes. Me refiero a que no murió de viejita o de muerte natural.

Regresión 45

Bajo las escaleras rodando y quedo en la tierra boca arriba. Soy hombre, joven, delgado. Tengo un traje como una cruz, pero sin color, más bien plateada o con dorados opacos, puede ser un tejido de metal y una pollerita.

Estoy herido. Enseguida vienen a ayudarme. Estamos en guerra (*mi papá en la vida actual, abí es uno gordito, lo distingo porque es el único que está preocupado por mí*).

Me llevan caminando, con mis brazos apoyados en sus hombros, sosteniéndome, en realidad casi no puedo caminar hasta el lugar para que me curen. Hay un hombre grande, de unos cincuenta años, canoso y con barba, limpio. Él tiene que curarme, pero no creo que lo haga. No creo que lo intente. No sé para qué me llevan con él. Quizá yo sea su hijo.

Los otros se van de ese lugar, nos dejan solos, estoy recostado en una cama sencilla.

Regresión 46

Estoy rodeado de plantas, es la selva.

Soy hombre. Camino con las manos apoyadas en el piso. A veces parezco un animal que camina en cuatro patas y otras veces salto como un sapo. No tengo flexibilidad en la columna. Soy musculoso, delgado.

Me veo solo. Quizá tenga mujer e hijos, pero no me responsabilizo de ellos.

Me alimento de hojas, animales muertos, lo que encuentro. Cáscaras de árboles. No cazo, no tengo elementos para hacerlo. Tampoco un plan de caza.

No camino de pie, no podría. No hablo, no sé ningún idioma.

Como la selva es bien oscura, me llama la atención la luz. La luz del sol que se filtra y los astros, todo lo que brilla.

Hay un río.

Anterior a la Edad de Piedra.

Regresión 47

Miro unas jaulas blancas grandes y muy bonitas, con pájaros. Miro una, otra, otra. Pero al poco tiempo me cansan con el canturreo. Por eso están en una parte apartada de la propiedad.

Me veo sentada en un sillón, adentro del palacio. Es la época rococó, me di cuenta cuando miraba los pájaros siendo rubia con mi hermoso vestido.

Acá estoy, comiendo un cup cake con una mano y a mi derecha, recibiendo besos y mordidas en el cuello de un hombre: es lo único blando que tiene de mí al alcance. Me deja toda marcada, por eso después ando con adornos, pero no me importa. Tampoco me importa mi amante.

Se para sobre el sillón para meter su pene en mi escote apretado, lo logra a medias. También quiere metérmelo en la boca y lo saco a abanicazos, bajo ningún punto de vista. Hay otras personas. Y sigo con mi té.

Regresión 48

Estoy acostada en mi cama y siento que se mece, como si estuviera en el mar. Es una cama amplia. Tengo puesto un antifaz de dormir. Mi peinado está impecable. Mi camisón parece un vestido de fiesta. De pronto me despierto por un sacudón. Me saco el antifaz y me quedo sentada en la cama, confundida. Me levanto y hago unos pasos, me caigo al suelo.

Escucho a la gente afuera de mi camarote. Salgo y nos golpeamos contra el barco en el vaivén y entre nosotros. No me puse un deshabillé, no me di cuenta. Corremos hacia arriba.

Ruedo. Ruedo.

Me golpeo contra una pared del barco, quedo colgada de algo finito y firme. Cuelgo en el vacío. Me caigo. Caigo al agua. Es un barco enorme, desde donde estaba casi no se veía el agua, parecía un precipicio.

Me hundo en el agua. Intento subir. Mientras lo hago, veo una sombra, veo cómo se cae el barco enorme encima mío. Sin embargo sigo subiendo. Quedo en un hueco con aire. Puedo respirar con dificultad. Mi camisión es de raso o satén, largo, ajustado, amarillo o champagne, corte evasé, tengo el pelo castaño claro. Siento que el barco se hunde, me hundo con él. Me ahogo.

(Mi respiración se agita hasta que muero). Muero muy rápido. *(Mi respiración se regula)*. Me quedo tranquila un rato.

En eso veo la silueta de un hombre vestido de traje y luz a su alrededor. Luego mucha luz, no veo más que luz y luz que se abre, un haz de luz que me enrolla o que se enrolla un poco en mí, levemente. Me veo bebé, soy varón, me entregan a mi madre en una cama de hospital, está feliz y su pareja la abraza. Hay más gente con ella.

(Vi a contraluz lo que sería en la siguiente reencarnación. No es un antepasado muerto: vi al muerto que sería, me vi a mí mismo a la edad en que muero en la siguiente vida).

Regresión 49

Muchos hombres pasan corriendo al lado mío con gorritos de marineros. Corren hacia la playa, me uno a ellos. Nos frenamos en la orilla, da a un acantilado. Hay un hombre parado en lo alto

vestido con una pollera blanca atada al medio –la parte de atrás es un poco más larga y se une por delante en la cintura, termina en tira—. Sopla un cuerno largo.

Nos formamos frente al mar. Tenemos una especie de pañal de tela, pero más grande. Los sombreritos y pañales son de color barro. Tenemos que practicar sexo anal entre nosotros, es una iniciación. No es para humillarnos, sino para aprender más de nosotros mismos y nuestros cuerpos.

Podemos estar parados, arrodillados, acostados en la arena de costado, tener un orgasmo o no. Mientras tanto, sigue sonando el cuerno grandote y se nos acercan hombres vestidos de blanco, con túnicas. Ropa muy sencilla, lo llamativo es el blanco. Nos rodean. Nos protegen.

Regresión 50

Veo cajones de muertos. Es una funeraria. Están por meter un cadáver en uno. Veo un cuerpo, en realidad los pies arreglados con zapatos, el vestido con tules, algo celeste transparente y alguna cintita azul. El cuerpo está duro.

Lo acomodan en el ataúd entre dos hombres vestidos con traje. Miro desde afuera. No sé si soy esa muerta o alguno de los hombres. Espero un rato. Soy la muerta –los otros dos ya no están—. Me meto de nuevo en mi ex cuerpo y está muy duro, no me puedo mover. Tengo la boca cosida. Está todo duro y estoy ahí dentro. No es que podría levantarme y asustar a alguien, eso no es posible. El cuerpo está muerto. Parezco adolescente, unos catorce años, pelirroja, pelo caoba.

Regresión 51

Cuqui

Es de noche, corremos por un bosque con perros de caza, tengo un vestido del 1800. Hay una adolescente muerta. Una mujer se larga a llorar de rodillas delante del cadáver. Me quedo mirando y no siento nada. Esa mujer, que es mi madre, me reprocha que no llore por mi hermana asesinada. Por no acongojarme, me acusa del crimen. Hay hombres con nosotras. Yo también soy adolescente.

Regresión 52

Estoy en una cocina, con una peluca, la camisa abierta y un jean de tela finita. Corro una cortina de cuentas o tiritas y abro una puerta para ir al jardín. Me siento al lado de la tumba de mi tortuga. Prendo un cigarrillo, apenas si puedo fumar. Me tiro en el pasto, el cielo es bien celeste. Trato de fumar pero no puedo.

Intento levantarme porque me duele el cuerpo. Me levanto con dificultad, apoyándome bien con las manos, los pies, parte por parte.

Cuando entro a la cocina, me caigo al piso. Sigo vivo. La cocina tiene adornos viejos, pero está limpia, muy ordenada. No es por mí, vivo con otra persona, alguien mayor, mi abuela.

Se me acerca un gato blancuzco de pelo largo. Me huele.

El alma se me sale y sube, sube, sube. Está en muy mal estado. Debería regenerarse, quedarse un tiempo en descanso arriba... el alma está débil. No es muy grande, no se ve bien ni sin límites. Sube enseguida y baja, se mete a través de la panza de una embarazada (*mi madre en esta vida*) luego de un control médico, quizá una ecografía (*en 1977 no existían las ecografías*). Se está

despidiendo de su doctora o de una doctora.

(Yo nací un mes antes de término, por problemas con la placenta, y bajo peso. Quedaron restos de la anorexia).

Regresión 53

Estoy en el borde de un precipicio. Es un acantilado, y justo debajo de mis pies está el mar rompiendo en piedras al fondo. Delante mío, a unos tres metros, hay otro acantilado. Un hombre grande de larga barba blanca y vestido de blanco, nos dice que saltemos de un acantilado al otro.

Me toca a mí, de hecho soy la primera. Estoy parada, quieta, con fuerza para saltar o para huir. Soy mujer, todas somos mujeres.

Es un maestro que inicia a las mujeres, como otros a los hombres.

Le digo que no, que lo haga él y me voy hacia atrás. Las demás chicas quedan cabizbajas, cada una se abraza a sí misma.

Él no salta, cruza hacia el otro lado lentamente, como si caminara sobre una sogas invisible o sobre varias sogas.

Luego nos dice: *Pisen la montaña, con sigilo, paso a paso.* Claro que no hay ninguna montaña de roca, sino el vacío, pero él le fue *pisando los bordes* y llegó al otro lado.

Regresión 54

Estoy encima de un caballo. Descalzo, pero el caballo tiene elementos para que apoye mis pies curtidos y también sogas para

que lo agarre. Las tomo con la mano izquierda y con la derecha llevo algo, quizá mis armas, flechas, supongo.

Tengo el pelo largo y lacio, pasando los hombros. No es muy negro.

Unas plumas me adornan la cabeza, son poquitas, piel bien bronceada. Solo tengo un taparrabos. Grito y ando al galope con otros. Somos guerreros.

Me veo herido, con una flecha en el pecho. Me socorren pero es una flecha mortal.

Regresión 55

Me veo de espaldas, grandote, con una corona enorme y una gran capa con piel en los bordes. Me agacho a alzar a una nenita que me dice: *¡Papá!*

Voy a la parte alta de mi castillo, hay a mucha gente aclamándome. Saludo. Me ovacionan.

Soy de cuerpo pesado.

Solo tengo hijas mujeres y eso es una pena para mí porque ya estoy viejo. Si fuera a pelear en estas condiciones, me matarían enseguida. Me decido a casar a las más grandes, son tres. Las obligo, ellas no quieren.

Estoy distanciado de mi esposa por haberme dado solo hijas.

Con mis yernos planifico estrategias de guerra, sobre todo para que otros no avancen en mi territorio y se queden con mi castillo.

No le presto atención a mi esposa y tengo una amante a la que adoro, joven, pero no le puedo contar ninguno de mis problemas porque si no tendría que matarla.

Regresión 56

Soy joven. Giro con los brazos extendidos cruzados, tomados en espejo a los de una chica, giramos y reímos. Estoy bien vestido, aunque informal. Ella tiene un vestido largo, también informal. No puedo determinar su clase social; yo soy de clase alta.

Estamos en una parte abierta del bosque, iluminada. Nos sentamos en el pasto y le leo poemas que escribí, están en mi cuaderno de tapas oscuras, con inscripciones doradas: *Eduard 1815*. Fumo una pipa.

Se nos acercan hombres a caballo con perros de caza y nos dicen, *me dicen*, que nos vayamos de ahí, que es peligroso porque están cazando.

Se alejan.

No les hago caso.

Le aflojo el corset a la chica para besarla y tocarla.

Ella tiene un disparo, la tomo en brazos sobre el pasto y no reacciona. Me voy, la dejo tirada.

(En esta época mi alma está en el cuerpo de Eduard y en el de la hermana de la mujer asesinada).

Regresión 57

Camino rápido. Veo una pared llena de flores azules. Corro porque se largó a llover: para protegerme y para cortar las flores antes que se mojen.

Tengo un sombrero cónico.

Mi padre está muy enfermo y volví a su casa a cuidarlo. No me fue negada la entrada.

Él pidió que, vivo o muerto, lo cubriera con esas flores azules, las mismas que él me había dado como símbolo de que ya no pertenecía a la familia. Con eso me integra para siempre.

Pero muere. Es cubierto íntegramente con esas flores en su lecho de muerte.

Regresión 58

Voy bajando las escaleras y de pronto siento que las subo. Son escaleras sencillas de madera, en un galpón grande donde se guarda heno y quizá caballos. Es una escalera alta. Tengo unos ocho años. Busco a alguien que se esconde en las sombras.

Le digo que soy yo y aparece. Es un chico de catorce años (*mi hermano menor en esta vida*), con ropa de campo con bastante uso, un enterito marrón atado de un solo lado, del otro le falta un botón. Le doy pan casero y leche en una botella.

Miramos por la ventanita: afuera está su padre junto a otro hombre, enojadísimo, discutiendo con el mío porque no encuentra a su hijo. Pensó que podría estar en ese campo. Mi padre le dice que no —no sabe nada al respecto—. El padre de mi amigo parece de muy mal carácter, si lo agarrara seguramente le daría una buena paliza.

Me dice que esa noche se irá. Le consigo más comida que guarda en su bolso. Se va por la noche.

Regresión 59

(Quise volver a mi iniciación. En esa vida yo había sido hombre, no podía ser hombre y mujer. Esto refuerza la idea de que una misma alma se puede dividir como mínimo en dos y reencarnar en dos cuerpos en la misma época).

Me fijo debajo de mi túnica blanca y estoy desnuda: tengo pechos. Me toco más abajo y me saco flujo vaginal. No hay pene. Desvisto a mis compañeras y se tapan, pudorosas, pero de espaldas se nota que son mujeres. Una me pide explicaciones estando desnuda y es mujer. Todas tenemos el pelo cortado a la altura del cuello. A mí se me levanta un poco por la humedad. Tengo bastante cantidad de pelo. Soy morocha.

Regresión 60

Entro a la casa, afuera están las ovejas. Pelo papas. Las hiervo junto a algunos huevos. Aparentemente no sé cocinar tortillas ni nada o no tengo los elementos. No hay sal ni aceite.

Sirvo la comida a mis hijos sobre unos cajones bajitos. Nos sentamos en el piso alrededor de éstos y comemos. Hay leche de cabra también. Y vino, si quisiéramos. Mi marido no está, debe estar tirado borracho debajo de algún árbol por ahí cerca.

Regresión 61

Estoy sentada en mi cama, una cama muy grande, con techo y barras que sostienen cortinas. Están descorridas. Mi hijito rubio

precioso está sentadito frente a mí, aún no habla. Parece un caballerito con pantalón celeste. A su lado tiene sentado un perro que no le presta mucha atención.

Como un bombón de una caja muy bonita. *Vivo* en una caja grande de bombones, toda decorada al extremo. Le paso la caja a una amiga y ella a otra. Yo estoy en el medio. Nos reímos, hablamos nuestras cosas. No le presto mucha atención a mi hijo.

Me tiro de espaldas en la cama y mis amigas se acuestan a mi lado, todo es muy divertido. Me besan. Me arrodillo para cerrar las cortinas, así mi hijo ni nadie nos puede ver. Me río mucho, mis amigas también, pero yo mucho más. Ellas se concentran en mí. Es engorroso sacarme todo el vestido y la peluca, así que no me los saco. Abro las piernas hacia lo alto jugando y vuelan mis zapatitos brillantes.

Regresión 62

Estoy seguro de estar solo en la habitación de mi abuela, miro sus vestidos de antes. Me mido uno. Pero me entusiasmo con su viejo vestido de novia. Cuando estaba gordo –nunca estuve gordo, cuando estaba *normal*– ese vestido no me abrochaba, ahora que estoy tan flaco, me queda demasiado grande, se me cae y es strapless...

Me agacho en cuclillas a elegir una cartera y me veo casi hasta el ombligo desde arriba de lo grande que me queda. Encuentro una cartera que me gusta, tiene un olor a humedad... Me encanta la sensación en las piernas de las telas del vestido, tantas telas abuchonadas y tan suaves.

Pienso que si me comiera seis empanadas caseras de carne el vestido me abrocharía bien.

Voy hacia la cocina y saco empanadas de la heladera, las hizo mi abuela, con el repulgue perfecto. También hizo la masa, por supuesto. No las caliento, pongo el plato sobre la mesa y me siento delante. Miro el plato y tomo una. Muerdo la puntita. Siento la grasa, a que fueron fritas en grasa, en el paladar. Escupo ese pedacito de la masa, ni siquiera mordí el relleno.

¡No sé cómo quitarme esa sensación asquerosa! Voy al baño a lavarme la boca con dentífrico mentolado. Mejor.

Estoy en el jardín. Se me ocurre que puedo llenar todo mi escote con un ramo de flores naturales y eso me consuela.

Regresión 63

Me veo sentado en la cama de mi hija, en su habitación. Ella está boca abajo, muerta. Su muerte fue accidental. En eso entra mi esposa solo hasta la puerta. Grita. Trato de calmarla. Se desespera tanto que se suicida tomando un montón de pastillas para dormir.

Regresión 64

Soy un niño, veo tiburones y otros animales marinos. Me aferro a la pierna de mi padre. Me alza. Detrás hay serpientes y arañas. Cierro los ojos más asustado.

Regresión 65

Estoy paradito y tengo puesto un osito celeste. Estoy dentro de una cuna. Alzo los brazos hacia mi mamá porque ella se acerca

para alzarme. Me alza y me da vergüenza abrazarla. A ella no. Me sonrío, parece quererme. Al lado suyo está su marido, mi padre. No es afectuoso en absoluto.

Ella está arreglada. Tiene el pelo brillante, peinado con raya al costado, raya a la izquierda que le hace caer el pelo a la derecha, con una terminación en bucle, impecable. Es castaña rojiza. Está maquillada. Es preciosa. Tiene una camisa o un vestido con tonos marrones, pero de un marrón vivo.

Su marido la espera para salir. Ella se despide de mí y me deja en la cuna. Supongo que me quedo con una niñera o abuela, pero no veo a nadie. Me siento solo, me quedo solo. Me acuesto a dormir y me siento bien durmiendo solito, durmiendo sobre mis bracitos sin sabanitas ni nada.

Regresión 66

Veo las patas claras de mi caballo. Estoy montado en él. Tengo un traje y sombrero, con adornos. Mi caballo se agacha a tomar agua de un gran charco, estamos en una zona desértica. Veo un grupo de mujeres jóvenes. Una de ellas se me acerca, tiene puesto un vestido largo y la parte de arriba está un poco desabrochada. Su cabello es largo, muy ondulado y vigoroso, es castaña.

Me regala una tela que bordó y dos piedras. El grupo de mujeres con el que está se preocupa por ella, por haberse acercado a un soldado, le insisten para que regrese y lo hace. Se van. Veo mis regalos: una piedra de ámbar, con el insecto dentro, y una piedra volcánica, lava petrificada; ambas son casi del mismo tamaño. La tela bordada está cortada desprolija, pero el bordado es impecable, es un escudo.

En un momento estoy sentado en la tierra, detrás de una gran

roca dispuesto a disparar mi rifle y miro ambas piedras. Me las guardo cerca del corazón. Resulto herido en el brazo derecho, arriba. Tengo que andar con la chaqueta azul oscuro puesta a medias; mis compañeros me rompieron la manga de la camisa blanca para hacerme un torniquete. Estoy bien, pero tenemos que cavar una tumba porque un compañero murió deshidratado.

Regresión 67

Soy un varoncito y estoy en mi casa escribiendo en un cuaderno mis primeras palabras. Hay un dibujo en la hoja. Mi mano y el lápiz ejercen mucha presión. Estoy sonriente. Uso pantalón corto. Mis padres parecen tener una discusión en otra parte de la casa, pero mi madre disimula, hace de cuenta que no fue nada.

Ella se agacha y corro a abrazarla. Está muy embarazada.

Mi papá se va. Ella se queda conmigo.

Nos sentamos en el sillón a escuchar música y nos ponemos a bailar. Ella siempre con su pelo arreglado, un saquito, una pollera abundante.

Estamos pasando un lindo momento, nos reímos. De pronto rompe bolsa y yo la suelto, me alejo porque no entiendo. Empieza a tener contracciones y a dolerle mucho. No sé qué hacer. Me quedo duro delante suyo. Cuando comienza a pujar y a gritar, me escondo detrás del sillón llorando.

En eso llega mi padre y me insulta. La lleva en auto al hospital. Me deja solito detrás del sillón.

Regresión 68

Cuqui

Me veo exultante de felicidad, con una coronita de princesa, toda de blanco, quizá demasiado, hasta el pelo. Me ponen un anillo de bodas en un dedo, a mi derecha está mi marido, es un príncipe.

En la noche de bodas lo único que me dice es que quiere tener hijos conmigo. Trata de sacarme el corsé pero no puede, se enoja y me manda con la doncella, para que ella me lo saque y yo *regrese en condiciones*. Aparezco con un camisón largo de tela finita y con puntillas no muy llamativas. Me besa, me toca apenas los pechos y me penetra. Eso es suficiente para dejarme embarazada.

Paseando por el gran jardín del palacio, me doy cuenta que coquetea con cuanta mujer se le cruza. Yo estoy rechoncha con mi embarazo y no me presta atención. Me da impotencia no tener ningún tipo de poder. Me dedico a atragantarme con comida y engordo más. Decido ir a lo de una bruja, quiero que me dé algún poder, no para recuperar a mi marido, sino para tener algún poder. No lo logro, al menos no inmediatamente, menos estando embarazada.

Regresión 69

Se abre la puerta y están las ovejas. Tengo un pañuelo blanco en la cabeza. Cargo dos baldes de madera llenos de leche de cabra. Los llevo colgando de un palo sobre la espalda a lo del vecino.

Me da una gallina. La mato ahí mismo y queda con el cuello estirado. Me da un montón de huevos. Para él la leche no es suficiente, también pide favores sexuales, así que me penetra.

Cuando llego a casa mi marido ya lo sabe, no es la primera vez,

y me pregunta dónde estuve. Está borracho. Me saca la gallina de la mano y me pega. La tira al piso. Patea uno de los baldes y rompe varios huevos.

Regresión 70

Hay un cisne. Estoy cerca suyo. Nada y corro tras él. Soy chiquita, estoy toda vestida de blanco, con ropa tejida, se nota que llevo pañales. También gorrito. Me caigo.

Regresión 71

Camino con mi novia. Me llamo James. Voy vestido con traje, podría haber traído mi bastón. Ella tiene un vestido claro, tipo 1800. Uso galera. Vamos tomados de los brazos conversando.

A nuestra derecha está el lago congelado. Aún quedan hojas amarillas en el suelo. Me voy distraendo con el pensamiento de un pulpo celeste que se eleva. Luego hago un agujero en la tierra, donde hay piedritas y saco una que estaba enterrada. Para mi compañera es solo una piedra, para mí es un papel que dice algo. Se lo leo. Ella se asusta. Nos sentamos en un banco frente al lago congelado. Siento que tengo puesto su vestido y ella mi traje. Le digo que su vestido es ridículo, que me hace sentir muy separado del banco. Entonces me lo saco. Ella se levanta y se va alejando de mí. Quedo desnudo y voy caminando hacia el lago de espaldas, mis rasgos se desfiguran. Tengo el pecho peludo, negro. Me retuerzo y digo cosas inconexas para ella. Se sigue alejando, se siente protegida detrás del banco. Me voy alejando de ella, cada vez más hacia el lago. Viene la policía, unos guardias ingleses.

Me llevan a un manicomio. Mi celda es pequeña pero no sufro. No me gusta cuando veo imágenes feas. Pero ahora estoy adherido a la pared, hay un clavo y me ha clavado la oreja hacia el tímpano, me pasa información de la pared.

Regresión 72

Corro a toda velocidad por una calle. Soy un niño. Ando todo andrajoso, sucio y descalzo. Construí un instrumento a base de cosas que hacen ruido, como si fueran un montón de latas unidas y cuando corro las arrastro. Hago muchísimo ruido. Corro por las calles y todo el mundo me mira. También voy por callejuelas.

Me siento frente a una panadería, quiero pan. No tengo dinero para comprar. Pido. Unas señoras me dan unas migajas, están bien vestidas, tienen muchísimo pan, están gordas, con sombreros, largos vestidos con plumas en el cuello... me podrían dar más.

Se me ocurre ir a la pequeña iglesia del pueblo. El sacerdote se despide de algunos feligreses y me echa.

Descubro que si me sacara mis cosas ruidosas podría robar.

Regresión 73

Arrastro a una mujer joven desnuda, está muerta. El cuerpo va dejando huella a lo largo de la orilla del río. Soy rubia, de pelo largo, ojos celestes, las cejas claritas, unos cuarenta años. Pero no se nota que mi cabello es claro porque siempre llevo un sombrero alto color negro y también me visto de negro.

Es de noche. La llevo a mi casa de piedra en medio del bosque

cerrado. Le corto las piernas y los brazos y los meto en mi olla, esas son las partes que me gustan comer. Los pelos y las vísceras son para mis hechizos.

La gente no viene de noche a solicitar mi ayuda. Muchas veces, a cambio de mis trabajos pido un bebé, una niña. Los dejo crecer un poco y luego me los como. Nadie dice nada pero lo sospechan. Muchas mujeres jóvenes que han venido a escondidas a tener a sus hijos, los han dejado entre lágrimas y gritos acompañadas por sus madres.

Regresión 74

Un oso se para en dos patas y gruñe. Me asusta y corro detrás de un árbol, me trepo. Ahí arriba no se está mucho mejor. Entre otras cosas, hay una serpiente que me pica. Quedo medio inconsciente.

Pensé que moría pero no veo mi alma. En eso soy encontrada por mi equipo. Me bajan y me llevan en una camilla rústica. Me inyectan algo y me pongo mejor. Somos científicos.

Regresión 75

Está nevando. Vivo en una cañería en desuso. Tengo frío. No me dan ganas de salir. Veo caer copos de nieve por el agujero donde entré.

Prefiero el calor, puedo bañarme. Con el frío estoy mucho tiempo sucio, meses. Lo bueno de esto es que no le hablo a la gente ni la gente me habla a mí. A nadie le importa si me hice pis encima o qué.

Regresión 76

Tomo de la mano al chico tímido de camisa blanca de la cafetería y lo llevo al campus. Todos me miran porque estoy vestida como Julieta Capuleto. No me importa. Nos sentamos en el pasto. A él sí le importa lo intimidado que se siente ante mí, no en relación a los otros.

Sigo expansiva y me tiro encima suyo, le tomo las manos y lo beso con fuerza. Me lo tragaría íntegro. Estoy a un costado suyo besándolo, sé que tiene una erección absoluta. Está muy asustado, se levanta, junta sus cosas y camina hacia la parada de colectivo.

Sube rápido al primero que pasa, uno amarillo, de la década del 50. Yo golpeo el colectivo, lo pateo, arremangándome el vestido.

(En esta época yo estaba en el cuerpo del hombre que luego se suicida).

Regresión 77

Salgo de una sala y en el pasillo hay hombres con diferentes patologías mentales. Me cruzo con uno casi cadavérico que mira perdido hacia delante y grita, con los brazos caídos. A la derecha hay un hombre sentado jugando solo a las cartas, con poquitas cartas. Otro hombre está hecho un bollito debajo de un banco. Otro dibuja un águila con un lápiz, con sumo detalle; cuando le toco la espalda para felicitarlo, se encoge en el piso y se tapa la cara.

Vienen dos enfermeros y un psiquiatra para llevarme a una sala donde todo está fuera de control.

Abrimos la puerta y hay gente colgada de las paredes y

lámparas, literalmente. Gritan, se pegan, se acuchillan, parece que hay uno o dos muertos en el piso, ensangrentados, saltan de un lado a otro... hubo un problema con la medicación y los maníacos y psicóticos se descontrolaron. Quieren esperar un rato a que se maten entre ellos y luego hacerles electroshock.

Regresión 78

Mi madre (*es una nena de cuatro años en esta vida*) armó una cama en el piso para mí, la puso exactamente al lado de la suya matrimonial. Duerme con su nueva pareja (*es su padre en la vida actual*). Mis sábanas son viejas. Me da un poco de repulsión lo incestuoso de todo eso, yo teniendo que compartir todo lo de ella tan cerca. Me repugna. Además, está embarazada (*de la que es su madre en esta vida*).

Pero tengo que acostarme a dormir en esa cama que no son más que migajas, ella podría darme algo mejor. Es egoísta y mala madre. Repite. Es todo incestuoso, todo en su habitación. Tengo que ver todo lo que hace, ser su espectadora. La detesto. Ella ni me mira, ni me considera.

No me cuida. No me protege.

Regresión 79

Hay neblina. No se ve nada. Hace frío. Es de noche. Es Londres de 1800. Soy un hombre delgado y alto, de traje y con galera. Fumo una pipa. Voy caminando, deambulando. No voy ni a mi casa ni vengo de ningún lado en particular.

Por las callejuelas se ven cosas, por ejemplo un caballero

penetrando a una prostituta. Es gorda, está de espaldas. La penetración es vaginal; su cadera agachada y su sexo parecen los de una yegua.

Regresión 80

(Haciendo regresiones vienen orgasmos de vidas pasadas. Se sienten como si hubiera energía de viento circular, no de arriba abajo sino horizontal girando en toda la pelvis, y con solo tocar apenas el sexo por fuera, se pueden tener orgasmos muy intensos).

Veo a una señora grandota y gorda, con un vestido de 1800, de la mitad de ese siglo hacia atrás, con el cabello recogido. Está detrás de un mostrador atendiendo la máquina registradora. El negocio se ve grande. No sé si es grande o si se ve grande porque está vacío de mercadería y clientes.

Entran unos niños corriendo por el pasillo estrecho detrás del mostrador. Van hacia una pared abierta que lleva a otro lado.

Aún no me identifico. Hasta que me veo. Es extraño. Me veo desde adentro de los ojos de una mujer joven. Veo todo *desde* ella. Veo sus iris, son celestes y de ahí lo demás. Me estoy quitando unos guantes que me llegan hasta la mitad de los brazos. Parezco bonita. No me siento la madre de ninguno de esos niños. No sé quién soy. Estoy bien vestida, mejor que la cajera. Tengo algunos detalles con puntilla en mi ropa.

Regresión 81

Estoy sentada con las piernas largas hacia el pecho, al fondo de

una cueva oscura. Hay piedras. Es una cueva grande, tampoco tan grande, pero no es pequeña. Quizá estoy pensando. Desde afuera, un hombre me tira una manzana y cae al suelo. Es el que será mi marido. Soy joven, aún no tengo hijos. Me levanto y alzo la manzana, le saco el barro porque es molesto para los dientes, y le doy un mordisco mientras voy saliendo. No tengo nada que me cubra el torso, en los pies tampoco, solo una especie de pollerita.

Afuera pasa un hilo de agua, me agacho a beber. Mi pareja tiene algo en la mano, su arma para cazar.

Regresión 82

Hay niños ensangrentados tirados en el piso, un hombre los apuñaló. Grito. Tengo un guante puesto y el otro no. Soy castaña clara, con el pelo un poco ondulado. La cajera gorda está sentada, se le bajó la presión, un hombre la abanica. Está casi desmayada.

Un montón de personas persiguen al asesino. Está lejos. Lo persiguen a lo lejos. No lo alcanzan, al menos por el momento. Fue un descuido de mi parte, solo un segundo. Los niños jugaban y el hombre los mató.

Una nena y dos varones.

Regresión 83

Unos aliens se tiran un ramo de flores, un ramo de novia. Parece mi ramo. Me pongo a jugar con ellos, lo tiramos y lo vamos pasando. No se estropea. Son aliens niños.

Sin embargo no me he casado, debe ser una broma de ellos. Luego me veo al lado de mi pareja alien, los dos cerca de la orilla

del lago. Los nenitos siguen jugando con el ramo. En eso me empujan al agua, no sé quién, pero no era un niño. Me mojo, obviamente. El agua está fría.

Los aliens están siempre desnudos y yo con mi camisón blanco finito a pesar de la temperatura externa. Ellos regulan la mía. Pero al entrar en contacto con el agua fría empiezo a temblar. Mi novio me abraza para darme calor, pero también empieza a temblar, entonces tienen que armar una fogata.

Una mujer de esa tribu de aliens quiere decirme algo en secreto.

Por un lado ellos son muy inteligentes con la tecnología pero son muy estúpidos con sus bromas.

Regresión 84

Entro a un lugar de techos muy altos, está lleno de telas de araña. Para caminar hay que cortar las telas con los brazos, se ven gruesas. Voy con un vestido largo, no puedo determinar la época, pero podría ser cualquiera desde la Edad Media. Estoy cubierta por una sábana blanca, para no estropear mi vestido ni mi peinado con las telas de araña y el polvillo.

Entro a ese lugar con una o dos personas más. Me llevan para que vea reliquias. Hay un jarrón quizá de cobre, grueso, de metro y medio. Es lo que más me interesa. Pero hay de todo. Estamos a escondidas.

Regresión 85

Estoy con las ovejas en su corral, sentada en el piso de tierra con los excrementos de todas, y abrazo a una que apenas si se

deja abrazar. Me tiro de espaldas en la tierra sucia (*a mí me da asco, pero ella no siente nada*). Se me acercan mis hijitos y se me recuestan encima. Tengo el pañuelo blanco en la cabeza. Algunas cabras y ovejas nos rondan, dan vueltas.

Mi marido está tirado boca abajo en un colchón adentro de la casa, borracho.

Regresión 86

Estoy vestida muy bonita, con zapatitos rosa, pollerita con tul y florcitas aplicadas, pero me veo hundiéndome en el agua. Me hundo, me ahogo, salgo a flote, grito como puedo, me vuelvo a hundir. A lo lejos me escuchan los adultos que han armado una larga mesa de pic-nic. Un hombre se lanza al agua a sacarme. Mi padre está más lejos, parado, conversando con otra persona, distraído.

El hombre me rescata y me hace respiración boca a boca. Toso y escupo agua. Me quedo inclinada un poco hacia el pasto respirando. No sé si me di cuenta que me *besó*, que fue mi primer beso... creo que sí, no estaba inconsciente, sólo había tragado un poquito de agua. Cuando lo vuelvo a mirar, está encima mío, como desde un primer momento. Me enamoro al instante. Estoy disfrazada de mariposa, tengo unas alitas de alambre con tul, un poco estropeadas luego del incidente.

Las demás personas, familiares míos y amigos íntimos, nos rodean. Él me lleva en brazos hasta la mesa y me siento en sus piernas. No sé dónde está mi mamá, pero yo quiero estar con él.

Su esposa está sentada frente nuestro. Tengo seis años y él treinta.

En un momento que estamos solos, le digo que cuando yo sea

grande me voy a casar con él y me dice que ya está casado. *No importa*, y sonrío.

Cuqui

Regresión 87

Mi marido me clava un cuchillo en el lado izquierdo, en la zona media, debajo de las costillas. Me doblo. Caigo al piso de rodillas, luego de costado. Me tomo la herida con las manos. Está borracho, se sienta en la cama, se agarra la cabeza. No quería que yo me fuera.

Regresión 88

Mis padres me organizan una fiesta. Tengo unos quince años, estoy por cumplirlos. Esa semana me fugo de mi casa. Les digo que voy a ir a la fiesta, que no la suspendan, que me dejen tal y tal ropa sobre la cama así me la pongo esa noche. Lo hacen.

Hablando con una amiga, le cuento que quiero salir en serio con un chico que se dedica a la política, que yo también quiero dedicarme a eso.

Regresión 89

Estoy en una cocina grande con mi hermana y una amiga de ella. Las tres estamos vestidas con vestidos largos de 1800, pero sencillos, para vida atareada de campo. Mi hermana es un poco mayor que yo y está cocinando, tiene una cuchara de madera en la mano. Me acerco a ella y me da una cachetada. Se burla de mí

junto a su amiga, se ríen porque soy virgen, ni siquiera he besado a un chico. Tengo catorce años.

Me dan ganas de agarrarla de los pelos y meterle la cara en la olla con agua hirviendo. Algún día lo haré. Me voy de la cocina y me siento afuera, en una escalera, y acaricio a un gato que se sienta en mi falda.

Nuestra propiedad es grande pero no vale mucho.

A la hora del almuerzo, mi hermana insiste en servir lo que preparó, es más bien líquido. Yo quiero servirme sola pero nuestra madre no me deja. Mi hermana me sirve medio burlona, nuestra madre no se da cuenta de su malicia. Cuando termino mi plato, mi hermana ni me pregunta, toma el cucharón y me sirve más, quiere que engorde. Me tengo que comer todo.

Regresión 90

Soy hombre y estoy comiendo en la casa de mis padres. Tengo dos hijos. No tengo esposa, no sé el motivo.

Mi madre ha sido muy amable por cuidarlos ese día, siempre he tratado de arreglármelas solo. Les enseñó cosas de abuela.

Me dice que los siga llevando todos los domingos, que estaría encantada, y acepto.

Abro una puerta a las apuradas, alzo a uno de los niños en un brazo, al otro en el otro, bajo las escaleras casi corriendo. Quiero abrir el picaporte con el pie, veo que no puedo, entonces bajo a uno, bajo al otro y me calmo un poco.

Subimos al auto, es sencillo, y ellos van atrás, muy abrigados. Manejo encorvado. Soy alto y flaco, voy inclinado hacia delante del apuro. No estoy enojado. No trato mal a mis hijos. A ellos

esto les parece gracioso. Están en el asiento de atrás, se miran y se tapan la boca de la risa que les causa. Tienen la misma edad, son gemelos.

(Es un hombre de mi edad, medio rubio. Sus hijos son rubios y de ojos claros. Este hombre es la mitad de mi alma en esta época. Soy yo misma en otro cuerpo. Está vivo ahora).

Regresión 91

Me veo niño, tímido, sentado en una hamaca, solo. Una nena se me sienta al lado, pero no le hablo, estoy con la cabeza gacha, no me animo a hablarle ni a contestarle.

A los doce años estoy de visita en el campo de mi tío. Me presta un rifle de aire comprimido. Estoy autorizado a disparar. Si quisiera dispararle a un pato que anda en la laguna, podría, pero no quiero hacerlo. Me siento en la orilla a mirar, con el rifle a mis pies.

Se me acerca una chica de mi edad, gusta de mí. No podría decir que está enamorada. Ella me besa y con ese beso me empuja al pasto, me quiere tocar el sexo, me levanto y me voy asustado.

Veo la universidad, no sé qué estudiar. No entro a ninguna carrera porque no sé a qué carrera entrar. Así varios años. Me veo trabajando como empleado en una tienda de artículos electrónicos.

(Idem anterior).

Regresión 92

Voy caminando con un vestido largo y cola bordada con colores. Es larguísima. Es mi boda. La arrastro por la tierra y me pregunto: *¿Para qué esa cola tan larga arrastrándola por ahí?* Los árboles no tienen hojas. Tengo rasgos mongoles, mi familia también, los invitados también; el que se va a casar conmigo, no.

Es un hombre muy rico, rubio, con rulitos bien amarillos. Está enamorado de mí o, mejor dicho, de mi cuerpo. Es muy tonto. Está vestido con un pantalón inflado hasta las rodillas, una especie de can-can y zapatos con taco bajo, estilo Luis XVI. Lo de arriba también está basado en ropa principesca.

Durante la fiesta come y bebe mucho. En la noche de bodas se la pasa vomitando. Yo lo abrazo y se duerme. Por la ventana de mi habitación veo a un chico de mi edad (*es el piloto de avión*), también mongol, estoy enamorada de él y somos amantes. Ya no soy virgen. Por la mañana no hay problema: manché las sábanas con menstruación y dije que sí se había consumado el matrimonio. Nadie cuestionaría a un hombre rico que tiene sexo con una mujer que menstrúa. Le explico a mi madre en privado que se me adelantó el periodo, quizá por los nervios —no es verdad—.

Regresión 93

Soy una nena con una coronita de flores en la cabeza y llevo una canastita de mimbre en el brazo, con pedacitos de bizcochuelo. Hay otras nenas y me obedecen. Elegí a la más chiquita como víctima.

Rodeamos a esa nenita y les digo a las otras que le saquen el

vestido y la ropa interior. La nenita no quiere, se hace pis encima. Les digo a las otras que se vayan y a ella que la voy a lavar, que nos vamos a meter al agua así la lavo.

La tomo de la manito y viene conmigo. Me tiene miedo y confianza a la vez. Una vez que estamos en el agua la toco bien por el medio de su rayita. También los pezones. A ella no le gusta y se tapa con los brazos. Hace intentos por salir del agua. Finalmente salimos.

Le pregunto si quiere torta y le meto un pedazo en la boca, casi ahogándola. La persigo y acorralo contra un árbol, le pego con unas ramas en la cola hasta que sangra un poco.

Mientras la visto, le digo que si le preguntan quién le pegó, tiene que decir el nombre de otra nena. Ella llora y le doy un beso en la boca.

Regresión 94

Hay una condesa, es una mujer madura. Soy una de sus doncellas. Es amable con nosotras. La ayudamos a vestirse. Guardo cosas de la señora en un cajón grande.

Con otra doncella hacemos volar una sábana que luego extendemos sobre la cama de la condesa.

Corremos las cortinas para que entre mucha luz. La señora se viste con colores oscuros y le gusta la oscuridad, a mí me gusta la luz. Mi vestido es salmón clarito, como el de todas las doncellas. Soy feliz aunque mi destino sea servir solamente.

Cambio las flores de un jarrón de la habitación, tiene arabescos azules y un dibujo central en un óvalo.

Por la noche voy con una vela encendida hacia la cama de la condesa, acompañando a una anciana que le lleva agua y algo más.

La señora se siente mal.

Es viuda.

Regresión 95

Hay un chico de unos quince años parado frente a mí, vestido de marrón, descalzo, con los bordes del pantalón roto y mal cortado a unos quince centímetros de los tobillos. Tiene un pie apoyado en una piedra bastante grande. Muerde un yuyo y me mira pícaro.

Yo estoy juguetona, coqueteando con él sentada en el pasto. Debo tener once años. Soy rica, soy hija de ricos. Él es empelado de mi padre.

Se cansa de mis juguetos y quiere ver si es verdad todo lo que digo que estoy dispuesta a hacer. Prácticamente me viola, pero sin malicia. Quedo embarazada.

Quieren echarlo, pero su padre intercede. Quizá lo llevan lejos.

Cuando nace nuestra hija, mi padre la ahoga con una almohada: se terminó el problema. Quedo devastada. Voy a ver a mi amor, a pesar de todo estoy enamorada de él. Lloro delante suyo. Él también está triste por la muerte de nuestra hijita. Él también está enamorado de mí. Estamos en el taller donde él trabaja, tengo un vestido sencillo y encima un abrigo. Estoy despeinada.

Regresión 96

Un hombre me toma del brazo con violencia, es el dueño de la cantina. Estoy vestida como prostituta de fines de 1800. Tengo una pluma verde de quince centímetros y otros pequeños adornos

en la cabeza, un escote pronunciado. El dueño de la cantina me saca de entre los hombres y me deja sentada con brusquedad en la silla del piano. Miro el piano con las manos en el aire: no sé tocar. Pero él quiere que toque algo y entretenga a los clientes.

Regresión 97

Comienzos de 1700.

Voy caminando por mi gran pasillo decorado. Tengo puesto un vestido largo precioso y corset. Camino muy derecha. Me veo de espaldas. También tengo una peluca. Llevo de la mano a mis tres pequeños hijos.

Entro a mi habitación, me siento en una silla con respaldo y dos de mis hijos claman desde el suelo, aferrados al vestido, por subir a mis brazos. No se pueden trepar. Alzo a mi preferido, el más grandecito, que también es pequeño.

Es mi favorito porque me da besos en el cuello y juguetea con mis pechos, por dentro y por fuera del vestido. Juega sin ningún tabú. Me los masajea sin detenerse.

Alguien entra. Lo abrazo y me inclino levemente para acariciar el cabello de los otros dos, se sienten felices, por fin reciben una atención de su madre. Me veo como una *madre amorosa*, y así me llaman.

Regresión 98

El soldado cierra una puerta de madera medio destartada, estoy detrás suyo, quedamos a oscuras, salvo por la poca luz que entra no sé por dónde y se le refleja en toda la armadura. Tiene armadura hasta en la cabeza, se extiende hasta la nariz.

Me lleva hasta un extremo del lugar, parece un granero. Me apoya contra una pared. Lo toco pero es todo metálico. Es extraño. Me besa pero es incómodo.

Se quita el casco armadura y lo deja tirado en el piso, tiene el pelo un poco largo. Me besa con mucha fuerza contra la pared. Tengo un vestido largo liviano, algo ajustado en la cintura y los pechos al aire porque me soltó todo adelante. Me levanta con las piernas abiertas y me penetra. No sé cómo hizo para sacar su pene de entre todo eso, se encargó él. Me penetra y me golpea contra la pared. Lo abrazo, pero acaba y yo no.

Enseguida se separa de mí y levanta su casco del suelo para irse, lo tomo del brazo y le pido que no. Me dice que no puede quedarse. Me da un beso intenso contra la pared que está al lado de la puerta destartalada, me acaricia con fuerza y se va.

Realmente tiene que irse.

Regresión 99

Junto zanahorias de la tierra, las voy arrancando. También hay papas bajo tierra. Es una plantación para autoabastecimiento, no para vender. A la derecha se ve una casa grande de campo. La patrona es una señora regordeta, su marido anda a caballo. No han tenido hijos.

El señor tiene muchas amantes, somos las mismas empleadas de la hacienda. Su esposa ya lo sabe, está acostumbrada.

Estoy embarazada, a punto de tener a mi hijo. Lo tengo, es un varoncito, es el preferido da la patrona, está siempre con ella. Es hijo mío y del patrón, no por elección propia.

Soy cocinera de la familia junto a otras mujeres mayores. La cocina es grande, con una gran mesada de madera en el medio.

Parece la Edad Media.

Cuqui

Regresión 100

Estoy en un bar de mala muerte en medio del desierto, jugando a las cartas con otro hombre en una mesa que ni es mesa, podría ser una caja de algo. El lugar es oscuro, estoy borracho y bebemos alcohol. Soy delgadito y muy estúpido.

Regresión 101

Estoy acostada en un extremo de una cama. No me siento bien. Aparece un ángel frente a mí. Me siento en la cama. A mi costado está el cuerpo que acabo de abandonar, tirado en el piso con un balazo en la cabeza.

No me siento mal por haberme liberado del cuerpo, sino porque eso no sirvió para liberarme del dolor que sentía.

El ángel se me acerca, se sienta al lado mío y me abraza. Apoyo mi cabeza en su hombro y también lo abrazo. Siento que me meto adentro suyo, quedo fundida en el ángel.

Pero para el ángel es más pesado volver. Más pesado literalmente. Despliega sus alas para volar y el techo parece impenetrable, sus alas son muy pesadas. Pero lo logra.

(Ese ángel es la mitad no reencarnada del alma de una mujer que en esta vida es macrobiótica y zen. Nació en 1951 y el suicidio visto en esta regresión data aproximadamente de 1957. Apenas vi al ángel, reconocí a esa persona, pero ya había nacido, la única explicación esotérica es esta. Por lo tanto, lo más probable es que esté viviendo su última reencarnación).

Regresión 102

Voy caminando con un pájaro, no es una paloma sino más bien un pájaro agresivo, de pico violento, de los que te sacarían un ojo, en el hombro izquierdo. Es mi mascota y amigo (*era el gato de mi familia en esta vida*). Recibo burlas pero no me importan.

Vivo sola con él.

Un día oigo un sonido y él cae al piso delante mío. Me agacho para alzarlo, le dispararon con algo pequeño debajo de la cabeza, en la zona derecha superior, y lo mataron. Al lado de mi cabeza, muy buena puntería.

Miro a los chicos que se ríen con el arma en la mano y me voy sin decir nada.

Le preparo una ceremonia. Lo rodeo de velas, luego las volteo hacia él y le prendo fuego. Me he tapado con algo porque ha refrescado. Tiro las cenizas en el pequeño río.

Al día siguiente me veo apedreando los vidrios del negocio de los padres de los que mataron a mi ave.

Regresión 103

Ve algo que se mueve rápido, es una rata pequeña (*era el gato de mi abuela materna a mis veinte años de esta reencarnación*). Se mueve por dentro de los zócalos. Lo veo corriendo rapidísimo en el jardín, no en la zona de pasto, sino donde están las escaleras de ingreso al palacio.

(Lo veo pero no soy yo).

Regresión 104

Cuqui

Se cierran cortinas negras delante mío. Cortinas y cortinas se cierran mientras avanzo. Quiero ver a toda costa qué tratan de ocultarme. Continúo, quiero saber.

Veo a un hombre embarazado. No es eso. Está embarazado de un caballo, puedo ver las patas dobladas adentro de su panza. Se lo ve contento como padre. En el momento del parto nace ese caballo y una tortuga.

(Como ya soy adulta en esa regresión, es posible que sea el hombre travesti que luego muere de anorexia. Me veo claramente con dos cuerpos en una misma vida: el que observa y luego el de una mujer, de pelo hasta el cuello, castaño claro, atado con una media cola, un poco masculina, riéndose. Es la encargada del experimento. Ella es mi hermana en esa reencarnación).

Regresión 105

Un hombre hiperobeso camina desnudo hacia una pequeña fogata, para buscar agua que se está calentando. Le doy conversación, aún tengo puesta la ropa que usé a la tarde en el circo. Llevo en brazos a un perrito chihuahua, también con un trajecito. El hombre no me contesta y está malhumorado, en realidad siempre está malhumorado.

Desde donde estoy, puedo ver a la mujer que lanza fuego por la boca, esperándolo en la puerta abierta del remolque de él. Ella tampoco se ha quitado el traje. Es alta y con muchas curvas, muy llamativa.

Yo soy siempre alegre. Este hombre, con su traje de dos colores

y gorrito es más simpático, hasta se para al lado del elefante para atraer gente antes de las funciones.

A mí me gusta pararme sobre sus hombros y saltar para atrás dando una vuelta en el aire. Pero ahora está de muy mal humor.

Regresión 106

Hay una mujer de pechos grandes, firmes y bien redondos. Sabe que es bella, pero no le da importancia. No es un ser sexual, las actividades sexuales no son lo que más le interesa.

Vivimos en la selva, en una parte más abierta, no tan salvaje.

Le regalo flechas que hice para ella, le traigo presas frescas y sonrío, pero no se impresiona. Siempre habla con otro hombre.

Con el tiempo, forma pareja con él, tiene hijos con él.

Yo tengo hijos con varias mujeres de la tribu, nunca me faltan mujeres, soy muy atractivo y viril, no tengo miedo de ir a cazar. Puedo tenerlas a todas porque puedo traerles comida a todos los hijos que tengan conmigo. Pero sigo mirando a esa otra mujer.

Regresión 107

Un ser de piernas cortas, tronco corto y brazos largos, que tiene puesto un traje con dibujos geométricos, me acompaña mientras bailo como juego en el escenario del circo. Me regalaron una cinta larga de color rosa fuerte. Estoy muy contenta.

Regresión 108

Cuqui

Uso unos guantes oscuros para lavarle las manos a una mujer que ha sido mala con otra persona. Mis guantes no son impermeables. Luego le pongo unas flores muy pequeñas.

Regresión 109

Parada junto a otra mujer, miramos a un hombre muy delgado clavado en un palo. Tiene la piel muy oscura, lo han cocinado al sol, primero vivo, luego muerto. No se ve fuego abajo, no es que esté calcinado, pero se ve muy delgado y de piel muy oscura. Quizá hace tiempo que está muerto y se está secando al sol.

A mí no me genera miedo ni piedad, nada.

Regresión 110

Ayudo a una mujer a sentarse, es muy gorda, es como si fuera tres personas gordas. Está ida. Lo único que hace es comer.

Los demás pacientes psiquiátricos le dan comida solo por la malicia de verla comer, para reírse, otros le dan jabón blanco cuando aprovechan los descuidos de las enfermeras en el patio. Hasta pedacitos de vidrio. En realidad los maliciosos son solo dos, sobre todo uno y el otro lo acompaña.

Regresión 111

Estoy escondido en un rincón. Me buscan. Un grupo de vándalos ha entrado al palacio. Me atacan en mi habitación, me golpean hasta creerme muerto. Uno de ellos se para sobre la cama y orina haciendo gran alharaca, los demás se ríen.

Bajan las escaleras y se van en sus caballos.

Me muevo lentamente, casi no puedo hacerlo. Han matado a mi padre, el rey. Esos hombres estaban felices por lo que habían hecho, pero en realidad no obtuvieron ningún beneficio: mataron y se fueron.

Al rato llega la seguridad del castillo y los soldados, se refuerza todo. Es un verdadero ejército.

Cuando me recupero, asumo como rey. Decido casarme con una mujer que tiene varios hermanos varones, ellos me ayudan a defender lo que me toca defender.

A cambio de eso, ofrezco fidelidad absoluta a mi reina. Y hacerla feliz. Cuando tenemos nuestro primer hijo, ella ya lo sabe, sabe que soy el único rey que pudiendo tener otras mujeres solo la elige a ella.

Regresión 112

Camino por el bosque, soy una niña castaña. Algunos árboles se convierten en pasto. Saltan conejos pero también podrían ser sapos. Hay hongos. Me apoyo en un árbol, se transforma todo en marrón y extiende unas alas muy grandes como de murciélago, también marrones. Su intención es asustarme pero no lo logra.

No muy lejos, veo los extremos de dos alas gigantes de un avión. Me acerco con ansiedad. Lo toco, lo acaricio, es realmente

enorme. Pero en eso, a mi derecha, aparece un transatlántico, también enorme. Tengo que elegir uno u otro. El barco está un poco más lejos, pero no mucho.

Ni siquiera elijo el barco, la gente comienza a subir. Mucha gente. Yo también subiré.

Regresión 113

Se abre la puerta y desde el otro lado, no me dejan ver. Me ponen en un costado, entre cortinas negras frente a ellos, me preguntan por qué quiero saber.

Progresiones

Mi muerte en esta vida

Me busco con mi cuerpo actual entre plantas. Estoy muerta. Arriba vuelan helicópteros, se escuchan. No me buscan solo a mí. A mi derecha está la playa, a unos pocos metros. Se ve un barco gigante roto en una parte y medio incrustado entre la arena y rocas, en otra. Parece un transatlántico. La playa tiene más cadáveres. La marea está baja.

Muero joven.

Estoy adentro del barco, con una pollera hasta las rodillas, ajustada, estampada, una camisa ajustada, quizá un cinto, tacos, el pelo pasando los hombros. Tengo una copa de Martini, o una de boca ancha, bebo algo de color. No es Martini. Converso con alguien y salimos a la parte descubierta del barco, en la parte más alta. En seguida veo una ola enorme y ancha. Me agarro de la baranda metálica, las otras personas van asustadas hacia adentro. La ola me desprende y me golpea contra la parte externa del salón. Ese golpe me mata o me deja inconsciente. El agua me golpea un poco más contra el barco y caigo al océano, me hundo. Si tragué agua fue muy poca, ya estaba muerta o casi muerta.

Se ve el barco de costado contra un acantilado y la otra parte incrustada en la arena.

Estoy a unos metros de ahí, me arrastró el agua, estoy tirada boca abajo entre plantas. Hay más gente muerta, en la arena. La marea está baja.

Progresión 2

200 años más

Tiran bombas. Sí o sí tengo que usar máscara para respirar todo el tiempo y una túnica con capucha para que ciertas cosas no me toquen la piel. En la ciudad esas partículas son menos dañinas que camino al campo.

Cuido a una nena y a un nene (*es mi sobrino mayor en esta vida*), pero no sé quiénes son sus padres. No son hermanitos entre ellos.

El agua está contaminada, hay que congelarla. No es conveniente usar los microondas porque explotan. Hay que poner a derretir los cubitos de hielo en vasos y taparlos para que no se infecten.

Vivo con esos dos niños en un edificio, nadie más vive ahí. Cuando veo a alguien muerto, lo meto en una bolsa de basura y lo tiro por la ventana.

Los poderosos no quieren que la gente se vaya de las ciudades al campo, donde hay vacas y mejores cosas. Hacen de todo para matar a la gente que se quiere ir.

Pero me tengo que arriesgar.

Si uno está vivo en esas condiciones es porque tiene las defensas biológicas muy altas.

Los niños pueden estar sin máscaras, ya nacieron mutados. Hay unas mariposas raras también. Sí los cubro con mangas largas por esas partículas que caen, pero son más resistentes que yo.

En el límite entre ciudad y campo es muy peligroso. Las condiciones de la misma naturaleza son horribles. Si alguna partícula me llegara a tocar la piel, me la ulcera. Tengo que tener telas y la máscara de oxígeno. Voy con los dos niños, pero la nena es absorbida por la tierra, comida, no puedo hacer nada. Sigo con el nenito. El campo es más tranquilo, por lo menos hay alimentos.

3.000 años más

Floto muy feliz. Tengo el pelo castaño claro, largo, un poco ondulado y suelto. Mi pelo juguetea. Doy vueltas en el aire.

Podría beber miel, pero no me dan ganas, sí de beber agua. Abajo se ve el planeta Tierra: es muy bello, quizá sin humanos o muy poquitos. No vivo ahí, yo floto y floto.

No me hace falta comer. Hay otros como yo. No tenemos necesidad de frotarnos, ni de entrelazar nuestras manos, con solo apoyarlas extendidas, nos pasamos toda la luz, sentimos. Soy muy feliz, abajo parece que también.

En eso siento que soy chupada por un agujero negro. Caigo sobre una piedra, la espalda me queda un poco colorada por la parte más puntiaguda, pero no me lastima.

Me paro, sigo feliz.

El lugar es inhóspito y seco. A lo lejos veo un robot muy grande, con ruedas tipo tanque de guerra, pero marrón, muy alto; un animal orgánico también grandote me habla y me da la mano. Sigo feliz.

Me siento en la tierra finita, mojo mis piernas estiradas y los pies en un hilo de agua. Un robot pasa al lado mío, vuelan naves, se mueven cosas. Creo que estuve ahí, me siento cómoda.

Alguien viene y me saca sangre. O eso me hace creer. Al instante me veo desmayada. Me llevan en una camilla de palos y tela a una tienda, también rústica. Me desnudan inconsciente delante de un jefe. Tengo escamas grandes, verdedoradas en algunas partes de mi cuerpo, como un pez. El hombre se transforma en un pez enorme verdedorado, y muestra una lengua finita bífida negra de unos dos metros, la pasa por mis escamas, luego me la introduce por la boca y de ahí al interior de mis

pulmones, buscando algo. Lo encuentra. Es una perla. La saca y la mira. Las dos personas que me llevaron se retiran caminando hacia atrás, haciéndole reverencias al jefe pez.

Me veo chupada por otro agujero negro, pero más estrecho, y voy a parar a un lugar oscuro, lleno de gente como yo: humana con escamas. Ya no soy feliz.

Ese lugar oscuro es calentito (*a diferencia de mi habitación fría*). Tiene agua. Parece que criaran renacuajos.

Todos somos humanos que vamos mutando en peces. Pero los demás lo aceptan.

Me quedo sentada sola, a la orilla del agua. Me parece sucia. Se me acerca un hombre pez al que ya le mutó la cabeza, quiere aparearse conmigo, se tira encima mío, lo saco.

Hay huevos transparentes flotando dentro del agua, tienen fetos humanos color salmón mate, sin brillo.

Me siguen saliendo escamas en el cuerpo. Antes, cuando flotaba, seguramente habré tenido, pero no las veía por mi ropa. Son cada vez más. De espaldas me veo sexy con esas escamas verdedoradas, el pelo largo y suelto. Pero un día me miro en el agua, me agarro el pelo y se me cae de a mechones hasta quedar calva; los labios se me hinchan y me desfiguro completamente. Sufro mucho. Me veo horrible. Pero ahí todos son así. Todos se zambullen en el agua, en ese líquido la mutación es más rápida.

Me meto para nadar, no sabía que así se aceleraba la mutación. Siento cómo se me unen los brazos y las piernas al cuerpo y me hago una sola *cosa*. Lloro desconsoladamente bajo el agua, con unos ojos grandotes. Salgo arrastrándome y lloro y lloro, pero me va costando respirar. Quiero morir. Otros dos peces me toman de la cola y me arrastran al agua, me llevan hacia una parte más abierta, con luz, eso era una cueva.

Se ve un gran lago o mar abierto. Es muy bello. Cielo celeste.

Salto fuera del agua y me vuelvo a sumergir; no es que esté contenta, me surge hacerlo corporalmente. Me doy cuenta que estoy en el planeta Tierra. A medida que voy entrando a esas aguas más iluminadas, voy aumentando y aumentando mi tamaño. Me salen unas antenas negras.

Me quedo quieta flotando al lado de una gran piedra, flotando, con parte del cuerpo fuera del agua. Estoy un poco triste y enojada. Los demás peces no, nadan, saltan, se lo toman bien.

Progresión 4

4.000 años más

Salgo del ascensor y tengo largas piernas metálicas. Todo mi cuerpo es así, soy un robot.

Mis piernas y brazos son delgados, el cuerpo es robusto, tiene articulaciones en rodillas, codos, cadera, cintura, tobillos y muñecas. Mi cerebro sí es orgánico, se puede ver desde afuera.

Camino hacia delante, mis pasos se oyen fuertes. Detrás mío hay otros como yo pero son más altos. Es todo verde, luminoso, hay colores.

Me agacho y cavo con una de mis manos, es como una máquina excavadora. Saco de lo profundo a un pequeño animal, un feto de leoncito, pero negro.

Me doy vuelta y todos me siguen, llevo ese animalito ante un superior y lo entrego. Nos arrodillamos ante ese superior.

Mojo mi espalda, la cabeza —está unida al torso sin cuello— y las piernas, en una cascada. El agua no me oxida.

Después salgo a los saltitos, corro. Soy un robot feliz. No sé si soy hombre o mujer, soy robot. Se posa una mariposa robótica

en mi mano derecha, agita sus alas y luego se marchita; en mi otra mano, al mismo tiempo, se posa una orgánica. Vuela. Tomo la robótica marchita con cuidado y la pongo debajo de un arbolito, parece que nuestro material no contamina la tierra.

Ve robots más pequeños jugando: dos sostienen una sogá y otro la salta.

El pasto no es pasto: el piso es verde, pero es artificial. Hay humanos, son poquitos. Me hablan, pero no los escucho, son muy chiquitos, me tengo que agachar mucho para escucharlos un poco. Por eso siempre están con los brazos hacia arriba, hacia nosotros, haciéndonos señas, como pidiendo. Se hablan entre ellos.

No veo animales. Veo insectos bien definidos. Para los humanos son grandes: un cascarudo les llega a la mitad de la pantorrilla.

Progresión 5

Cuqui

5.000 años más

Tengo cuerpo humano, pero más alargado y esbelto.

Estoy sentada en el piso, con el pelo suelto, castaño oscuro tirando a negro, la cabeza gacha. Hay un ejército de insectos enormes, sobre todo de hormigas. Los árboles, al menos por esta zona, están secos y es todo tierra, no hay nada verde.

Me envuelven unos hilos, todo mi cuerpo está dentro de un ovillo. Quedo adherida a la punta de la rama de un arbolito.

Soy un insecto extraño, grandote, plateado, transparente brillante. Estoy atrapada desde mis alas. Intento zafarme y no puedo.

Mi cuerpo, a lo largo, es alargado, sin divisiones, una sola pieza y de ahí me salen líneas con redondelitos y brillo transparente, plateado, cristal. Forman mis alas. No, no puedo zafarme.

Progresión 6

6.000 años más

Solo hay una especie de polvillo en movimiento. No son nubes, es seco. Es gris, gira alrededor de la Tierra. Es algo que se levantó de la Tierra, gira, sin parar. Soy parte de eso, una pelotita negra envuelta por esas partículas grises. Soy orgánica, estoy en estado latente. No hay nada más. Abajo, en la Tierra, solo queda el núcleo.

Si miro desde lejos, en perspectiva, hay otros como yo. No somos muchos.

Si una ráfaga de *aire* –no es aire en su composición– viene desde el espacio y nos atraviesa, el polvillo se detiene, forma unas

líneas tridimensionales que se desarman cuando la ráfaga termina de pasar. Es un hecho frecuente.

Progresión 7

Cuqui

8.000 años más

El polvillo que rodea al núcleo del planeta Tierra es más finito, pero está mucho más disperso, entonces el espacio que ocupa es mayor.

Me veo como un pequeño renacuajo o embrión negro flotando en ese polvillo. El polvillo no parece girar, sino estar en suspensión y expandiéndose, yéndose al espacio exterior y yo junto con él, aunque tengo más peso y quizá me quede en la atmósfera del planeta Tierra.

Progresión 8

9.000 años más

Tengo cuerpo humano pero diferente: brazos y piernas más cortas, torso más corto, casi inexistente, pelo largo. En el planeta Tierra vivimos muy pero muy pocos. Vivimos sobre el núcleo, es pequeño. Caminamos como si flotáramos, debe haber pasado algo con la gravedad.

No hay nada: el núcleo y nosotros.

Dudo que vayamos a ser menos o más. Nos alimentamos comiéndonos unos a otros por partes: le como el brazo a uno, otro me come un costado a mí, y así; esas partes luego se regeneran rápidamente, pero deformes. Un brazo larguísimo, una cintura apretada hacia un costado, etc.

No se ve inteligencia, estamos en un nivel básico, solo caminamos alrededor del núcleo y comemos. No nos reproducimos porque no hace falta, no existe el impulso sexual.

Progresión 9

10.000 años más

Salgo volando a una velocidad impresionante. Me alejo, me alejo, me alejo, me alejo. Estoy en el universo. No floto, voy en una dirección definida, luego vuelvo pero por dentro de la materia negra, y salgo por distintos agujeros negros. Viajo y viajo por el tiempo.

Hasta que caigo en un lugar. No sé dónde es.

Tengo un cuerpo humano *corto* pero el torso es un poco más largo y las piernas y brazos más delgados. Mi pelo es negro, ultra finito y lacio.

Me rodea una cúpula transparente entre orgánica e inorgánica. No es flexible. Me doblo haciéndome como un cascarudo y salto sobre esa cúpula transparente desde adentro. Mis pies se ponen de forma tal que parecen una sopapa. Salto y salto. No me quedo quieta.

Mis piernas y brazos se enrollan alrededor del torso y meto mi cabeza. Quedo quieta colgando del techo, cuelga mi cabello negro, hay gravedad.

Al pasar las horas, cuelgan mis brazos, tiempo después, se desenreda mi cuerpo y cuelga, como un murciélago. Al rato me desprendo y caigo al suelo. Así como caigo, sigo durmiendo, boca arriba. Al despertarme estoy desorientada, hago unos pasos y caigo muerta. Vivo solo un día.

Progresión 10

50.000 años más

Se vuela un foulard, pero vuela como detenido, al lado de la pu-

erta abierta. Se ve la materia negra y estrellas a lo lejos. No salgo.

Siento que me muevo, pero no salgo. Estoy dentro de una nave. Al principio me parece que esa puerta está abierta, que voy mirando, pero extendiendo mi mano y me doy cuenta que no: al atravesar esa ventana, la textura del *vidrio* se nota viscosa, no es tan transparente; al atravesarla con el brazo se forman tres ondas expansivas alrededor de éste, como cuando uno tira una piedra al agua. También me doy cuenta que ese universo que creo ver es esa pantalla, cuando atravieso la mano, mi mano ve otra cosa. No sé qué ve y es arriesgado sacar el brazo porque no se sabe qué hay del otro lado y, por el movimiento de la nave, el otro lado va cambiando todo el tiempo.

Camino dentro de la nave. Me siento más mujer que hombre, pero no podría decir que soy mujer. No lo sé. No veo mi cuerpo.

Veo unos animalitos cónicos sin punta y con patitas, grandes, pegados en la parte interna de la nave, son serpientes que se enrollan. Me siento en una silla. Es un laboratorio.

Progresión 11

60.000 años más

Se abre una compuerta con rampa metálica. Bajo por ella con cuerpo metálico. No sé si soy un robot o si estoy envuelta por un cuerpo robótico. El lugar se ve lindo, pero tampoco avanzamos mucho. No es el planeta Tierra.

Unas bolitas muy molestas nos pegan, son orgánicas, propias de ese planeta. Es como si me tiraran cerbatanas constantemente. Son grises claras. Cuando se abren se prenden al cuerpo como piojos. Son los piojos de ese planeta; abiertos se ven planos. Tienen dos puntas negras que, si uno es orgánico, se introducen

en el cuerpo y crecen hacia adentro, es imposible sacarlos. Si uno tiene cuerpo robótico, se pueden desprender, pero también es difícil, se desprenden como cinta adhesiva. Los bordes son iguales a los tréboles de cuatro hojas. Al morir, se desprenden solos.

Estoy en ese lugar por investigación.

El planeta Tierra se ve pequeño, es pequeño, solo un núcleo, una bola gris. Gira alrededor del sol, cada vez más cerca. Quizá termine amalgamándose.

Progresión 12

70.000 años más

Empujo a alguien por la puerta de la nave. La nave se va alejando. La nave ya estaba en movimiento, quizá me había visto. Era un hombre con traje plateado y casco que le cubría la cara. Me mira incrédulo. Se queda en ese planeta. Los árboles son pequeños.

Yo subí porque también soy pequeña, mido unos 80cm. Mi pelo sí es largo, debe medir 1,50 m. Es negro. Soy rechoncha.

Miro rápidamente unas muestras guardadas en tubos de ensayo con tapas. Siento ruido y me escondo. Es una pareja que bajó al laboratorio a tener sexo.

Una pareja extraña. Una mujer y un hombre. Él encima. El hombre parece tener dos penes y envuelve con cada uno las piernas abiertas. Son rojos. De pronto, el hombre se transforma en una serpiente verde pegajosa. Siento escalofríos y que la nave se mueve de modo anormal —no es por ellos en lo más mínimo—. El hombre se introduce íntegro en la vagina de esa mujer y se mueve hacia los costados de la pared vaginal, un poco para un costado, otro poco para el otro —como la ropa en un lavarropas—;

luego sale completo haciendo vacío y vuelve a entrar. Me doy cuenta que es un consolador. Sigo escondida sintiendo escalofrío. En eso la mujer apaga el aparato ese con un botón que se autoguarda en un aparatito verde rectangular, pequeño, y ella se lo mete en el bolsillo de la bata blanca. Se pone una bombacha y va a ver qué sucede.

Progresión 13

200.000 años más

Me acaban de encerrar en un cuarto oscuro. Grito para que me dejen salir. Golpeo la puerta. Siento que se mueve, que se aleja de la nave. Se aleja, se aleja muchísimo, hace un viaje y después vuelve. En la nave no pasó el tiempo. Enviaron ese cuarto oscuro al espacio, se dieron vuelta y ya regresó. El cuarto se vuelve a unir a la nave y se abre la puerta. Soy anciana, envejecí unos setenta años. Me castigaron por algo, me hicieron viajar en el tiempo para hacerme envejecer. Me ayudan a caminar y me sientan en una silla. Me queda poco tiempo de vida. Estoy toda chamuscada y también oscura.

Progresión 14

300.000 años más

El núcleo del planeta Tierra es absorbido —quemado— por el sol. El sol ya lo ha hecho con otros planetas cercanos, son sus combustibles.

Progresión 15

400.000 años más

Toda la vida está en la nave. Es inmensa. Llegamos a un planeta y nos cierran nuestra compuerta, no nos dejan bajar. No dejan que baje nuestro sector. Nos quedamos encerrados y enojados.

Queremos reclamar. Tampoco sabemos si los otros dos tercios de la nave han descendido y creemos que eso es parte del complot de los de arriba para que peleemos entre nosotros, para que dudemos y nos dividamos.

Pero los otros dos tercios sí han descendido.

Progresión 16

500.000 años más

Por mi ventana plataforma veo un planeta muy bonito, con turquesas muy nítidos. Ha descendido gente de la nave para quedarse a habitarlo. La nave comienza a alejarse.

Miro hacia mi laboratorio. Siento escalofríos. La nave se sigue alejando. Regulo mi temperatura.

Me siento a trabajar. Tomo con un pinche algo así como un pulpo, estaba en un líquido que podría ser agua, y lo pongo directamente sobre mi mesa. Lo estudio.

Se abre la puerta automática, entra alguien, me dice algo.

Al rato salgo y voy a comer con los otros científicos. Son mesas alargadas. Todos tenemos cuerpos orgánicos distintos, similares pero distintos. Algunos tienen partes robóticas.

Cuando terminamos, se activan unas cintas, como las cintas de caminar, y se mueven los trastos sobre la mesa hacia la basura. Luego las mesas recuperan su quietud y apoyamos la cabeza para

dormir.

Después volvemos al trabajo.

Llevo una vida muy solitaria.

Progresión 17

Un millón de años más

La nave va rapidísimo, hemos mejorado en eso. Por un momento pienso que podemos viajar por agujeros negros, pero no, simplemente es mucho más veloz.

La veo desde afuera. Es enorme. Siempre lo supe.

Se aleja. En eso explota y sale volando una pequeña parte de la nave. Volando dirigida. Estoy dentro. Me doy cuenta que hemos explotado ese planeta, si no no nos hubiéramos podido salvar. Nos fuimos exactamente al mismo tiempo de la explosión. Ya sabíamos de ella.

No puedo creer (*en esta vida*) que haya destruido un planeta, a fin de cuentas esa nave era un planeta más. En esa vida no me sorprende en lo más mínimo.

Mi nave se aleja, no sé adónde voy.

Cuqui nació en Córdoba, Argentina, el 27 de junio en 1977. Escritora, artista visual, vestuarista de teatro y tarotista. También analiza árboles genealógicos. Escribe poesía bajo los heterónimos Natsuki Miyoshi (Babel editó su *Poesía completa* en 2012) y Karen Smith (Tintadenegros editará *He said the last word in a car* a fin de año). Publicó, entre otros libros, *Cuando explota un globo* (1999), *Lavados vaginales* (2003), *Naranja, verde, amarillo/naranja, verde, rojo* (2002), *Actriz de reparto* (2004), *Masturbación* (2005), *Fruta fermentada* (2006).

